## Marcela Terrazas Basante

En busca de una nueva frontera Baja California en los proyectos expansionistas norteamericanos, 1846-1853

## México

Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas

1995

162 + [4] p.

Mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 25)

ISBN 968-36-4597-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital

/libros/en\_busca/nueva\_frontera.html



DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



### CAPÍTULO II

# COLABORACIÓN Y RESISTENCIA. LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA DE BAJA CALIFORNIA

La situación en Baja California, a partir de la ocupación estadounidense, se presentaba cada vez más dificil para quienes se oponían a la anexión de la península a los Estados Unidos. La resistencia comenzó a dar pasos en busca de apoyo del gobierno de la República para enfrentar a los invasores.

El Ayuntamiento de Mulegé decidió desconocer a las autoridades impuestas por los estadounidenses y adherirse al gobierno del estado de Sonora el 16 de agosto de 1847. La medida buscó obtener la ayuda y protección militar de aquel estado, lo que resultaba indispensable para resistir la ocupación.

Antonio Campuzano, comandante militar de Guaymas, Sonora, escribió en respuesta a la demanda de auxilio del juez de paz de Mulegé:

Cada vez se conmueve más y más mi corazón al ver las dificultades que se presentan para librar a ese vecindario del yugo que le amenaza, pues si obrara conforme a mis intenciones y buenos deseos, no cabe duda en que hace muchos días que yo mismo me habría presentado en ese punto para ayudar a sostener su decoro y el de la nación a que pertenece. Sin embargo, no por esto desmayo y aún conservo la esperanza de mandar a usted cuanto antes los auxilios que me tiene pedidos y si por una casualidad esto no se llega a efectuar, me quedará al menos la satisfacción de haber hecho por mi parte cuantos esfuerzos han sido posibles.<sup>1</sup>

El gobierno de la República nombró al capitán Manuel Pineda como comandante militar de Baja California en sustitución de Palacios Miranda que había pactado con los norteamericanos. Pineda arribó a Mulegé con hombres, armas y municiones en el mes de septiembre de 1847. Ahí se dispuso a organizar la defensa con la ayuda de los lugareños.<sup>2</sup> Pronto se formaron milicias con el apoyo de los ayuntamientos de Comondú —encabezado por

l Antonio Campuzano, comandante general del estado de Sonora, al juez de Paz de Mulegé, Baja California. Guaymas, Sonora, agosto 20, 1847. El documento, igual que otros citados anteriormente, es parte de los nueve anexos que el Ayuntamiento y Alcaldes del Cuartel del Partido Norte de la Baja California en Mulegé enviaron al presidente mexicano el 5 de mayo de 1851, en ASRE (FIL)-6-I.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Ángela Moyano Pahissa, México y Estados Unidos: orígenes de una relación, 1819-1861, México, SEP, 1985. 348 p. (Col. Frontera), p. 154.



### CAPÍTULO II

# COLABORACIÓN Y RESISTENCIA. LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA DE BAJA CALIFORNIA

La situación en Baja California, a partir de la ocupación estadounidense, se presentaba cada vez más dificil para quienes se oponían a la anexión de la península a los Estados Unidos. La resistencia comenzó a dar pasos en busca de apoyo del gobierno de la República para enfrentar a los invasores.

El Ayuntamiento de Mulegé decidió desconocer a las autoridades impuestas por los estadounidenses y adherirse al gobierno del estado de Sonora el 16 de agosto de 1847. La medida buscó obtener la ayuda y protección militar de aquel estado, lo que resultaba indispensable para resistir la ocupación.

Antonio Campuzano, comandante militar de Guaymas, Sonora, escribió en respuesta a la demanda de auxilio del juez de paz de Mulegé:

Cada vez se conmueve más y más mi corazón al ver las dificultades que se presentan para librar a ese vecindario del yugo que le amenaza, pues si obrara conforme a mis intenciones y buenos deseos, no cabe duda en que hace muchos días que yo mismo me habría presentado en ese punto para ayudar a sostener su decoro y el de la nación a que pertenece. Sin embargo, no por esto desmayo y aún conservo la esperanza de mandar a usted cuanto antes los auxilios que me tiene pedidos y si por una casualidad esto no se llega a efectuar, me quedará al menos la satisfacción de haber hecho por mi parte cuantos esfuerzos han sido posibles.<sup>1</sup>

El gobierno de la República nombró al capitán Manuel Pineda como comandante militar de Baja California en sustitución de Palacios Miranda que había pactado con los norteamericanos. Pineda arribó a Mulegé con hombres, armas y municiones en el mes de septiembre de 1847. Ahí se dispuso a organizar la defensa con la ayuda de los lugareños.<sup>2</sup> Pronto se formaron milicias con el apoyo de los ayuntamientos de Comondú —encabezado por

l Antonio Campuzano, comandante general del estado de Sonora, al juez de Paz de Mulegé, Baja California. Guaymas, Sonora, agosto 20, 1847. El documento, igual que otros citados anteriormente, es parte de los nueve anexos que el Ayuntamiento y Alcaldes del Cuartel del Partido Norte de la Baja California en Mulegé enviaron al presidente mexicano el 5 de mayo de 1851, en ASRE (FIL)-6-I.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Ángela Moyano Pahissa, México y Estados Unidos: orígenes de una relación, 1819-1861, México, SEP, 1985. 348 p. (Col. Frontera), p. 154.



Matías Moreno— y de Mulegé, con Vicente Mejía y Manuel Pineda a la cabeza.<sup>3</sup>

Thomas Selfridge, al mando de la corbeta norteamericana *Dale* llegó a La Paz hacia fines de septiembre. Henry Burton, nombrado gobernador y comandante militar de la península por las fuerzas de ocupación, le informó entonces de las actividades insurgentes y la *Dale* zarpó con la misión de aislar a los rebeldes del continente y de dispersar las fuerzas de Mulegé.<sup>4</sup> El 1 de octubre tuvo lugar el primer enfrentamiento entre las fuerzas norteamericanas y los defensores de Baja California. Los norteamericanos debían impedir el abastecimiento de armas y municiones a la insurgencia a través del puerto.<sup>5</sup> El desarrollo y desenlace de este episodio es objeto de controversia, pues de acuerdo con la versión mexicana, las fuerzas encabezadas por José Matías Moreno, Vicente Mejía y Manuel Pineda rechazaron el desembarco de tropas norteamericanas, "con pérdida del enemigo",<sup>6</sup> en tanto que el informe del teniente Craven al comandante estadounidense Thomas Selfridge, señala que se trató de un encuentro de poca importancia en que el enemigo se escondió y sólo disparó tres veces.<sup>7</sup>

Mulegé permaneció bloqueado por la fuerza naval norteamericana desde este momento hasta el término de la invasión, sin embargo, el encuentro con los norteamericanos levantó el ánimo de las milicias sudcalifornias y la llegada de una remesa de armas de Sonora decidió a los patriotas a lanzarse sobre La Paz;<sup>8</sup> las fuerzas encabezadas por Moreno, Mejía y Pineda "emprendieron la marcha atravesando ciento cincuenta leguas, lo más en un desierto, para venir a buscar al enemigo que se halla[ba] atrincherado en los puertos de La Paz y San José del Cabo".<sup>9</sup>

Ochenta hombres encabezados por Pineda se dirigieron a La Paz, mientras el resto, a cuya cabeza estaban Mejía y Moreno, se encaminaron hacia San José. <sup>10</sup> En esta última población, los vecinos se sublevaron contra los invasores el 23 de octubre de 1847. La bandera norteamericana fue arriada, los estadouniden-

- <sup>3</sup> Mauricio Castro, jefe político de Baja California, al ministro de Relaciones Interiores y Gohernación. San Antonio, Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE (L-E-1093).
  - <sup>4</sup> Gerhard, op. cit., p. 419.
  - <sup>5</sup> Moyano, op. cit., p. 158.
- <sup>6</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.*
- <sup>7</sup> Moyano, op. cit., p. 159; dice Gerhard que "La Batalla de Mulegé" fue considerada como victoria por ambos contendientes, tal vez con mayor razón por parte de los mexicanos, ya que el objetivo norteamericano de cortar las comunicaciones al enemigo con tierra firme no se consiguió. Gerhard, op. cit., p. 420.
  - <sup>8</sup> Moyano, op. cit., p. 161.
- <sup>9</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, loc. cit.
- <sup>10</sup> Idem. De acuerdo con Pablo L. Martínez, en su *Historia de Baja California*, 2a. ed., México, Editorial Baja California, 1956. 605 p., ils., eran 180 y no 80 hombres.



ses expulsados, al tiempo que se declaró el fin del dominio extranjero. Por esos días, el comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico, comodoro William B. Shubrick, llegó a San José del Cabo a bordo del *Independence*. acompañado por otros dos navíos: el Congress y el Cyane. Shubrick fue informado por un espía de la proximidad de las fuerzas mexicanas reunidas en La Paz y decidió enviar una expedición que debía suprimir cualquier movimiento insurgente. El grupo fue recibido por el padre Gabriel González. quien envió un mensajero a dar noticia al capitán Pineda de lo sucedido. Entretanto Burton, temeroso de un ataque de los mexicanos salió de La Paz en busca de Shubrick y le hizo saber que necesitaría de una fuerza de entre 500 v 1 000 hombres para someter a los peninsulares desafectos. 11 Los norteamericanos habían reaccionado con prontitud a las muestras de resistencia. Shubrick se apostó en San José, desde donde lanzó el 8 de noviembre una proclama que decía: "he sabido que ciertas personas contrarias al mantenimiento del poder de los Estados Unidos en Baja California se han ocupado de organizar la desafección y bajo pretexto de razones patriotas se han dedicado a organizar grupos que sirven para este propósito egoísta" v añadió amenazante:

He sido informado de los nombres de aquellos que así se ocupan de perturbar la paz, con el único propósito de sacar ventaja de una situación de desorden y mal gobierno para saquear a los ciudadanos pacíficos. Muy pronto el comandante en jefe podrá dedicar su atención a Baja California. Mientras tanto invita a los [ciudadanos] bien dispuestos a mantener su fidelidad [a los Estados Unidos] y advierte a aquéllos con mala disposición, que serán encontrados en cualquier lugar en que se oculten, y cuando sean hallados, serán tratados con severidad. 12

Shubrick dijo también que "la bandera de los Estados Unidos estaba destinada a ondear para siempre sobre las Californias. Ninguna contingencia puede preveerse por la que los Estados Unidos tengan jamás que rendirse o renunciar a la posesión de las Californias".<sup>13</sup>

Aunque Shubrick informó al secretario de Marina que la mayoría de los habitantes de San José del Cabo simpatizaba con el gobierno norteamericano, lo cual hacía inexplicable el contenido y el tono de la proclama antes citada, tuvo también que admitir la existencia de un sentimiento de hostilidad hacia los Estados Unidos y la presencia de grupos insurrectos encabezados por dos sacerdotes y un sargento, 14 "todos ellos bajo las órdenes del coronel

<sup>11</sup> Gerhard, op.cit., p. 421.

<sup>12</sup> Proclama de Bradford Shubrick, comandante en jefe de las fuerzas navales estadounidenses en el Pacífico. San José del Cabo, Baja California, noviembre 4. 1847. El documento aparece anexo al despacho de Nathan Clifford y H. Sevier, comisionados norteamericanos ante el gobierno mexicano a J. Buchanan. México, mayo 30, 1848, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>18</sup> Idem. Gerhard, op. cit., p. 421.

<sup>14</sup> Idem.



Pineda de Mazatlán, quien ha amenazado con venir a San José y matar a todos aquellos que sean partidarios de los Estados Unidos". 15

Ante la posibilidad de que esta amenaza se convirtiera en realidad, los ciudadanos norteamericanos residentes en San José huyeron hacia La Paz, y "los californianos amigos nuestros que no pudieron huir, quedaron profundamente consternados; algunos de ellos se entierran en la arena en las noches para ocultarse y las familias enteras duermen en la playa para estar cerca de la escuadra", <sup>16</sup> escribió el comandante. Shubrick se retiró de San José el 9 de noviembre dejando armas, pertrechos, provisiones y un destacamento de 24 hombres comandado por Charles Heywood. <sup>17</sup>

El 19 de noviembre hubo un intento de las fuerzas de Moreno, Mijares y Mejía para tomar la casacural de San José del Cabo, donde los norteamericanos y algunos mexicanos aliados a ellos se habían parapetado. De la acción que ahí tuvo lugar nos habla el informe de Mauricio Castro en los siguientes términos:

Los que se dirigieron a San José del Cabo, si no excedieron a los nuestros que pelearon en La Paz, por lo menos mostraron un valor como de fieras, llegando a treparse sobre sus casas atrincheradas, sufriendo nuestros valientes un fuego de cañón a quemarropa por muchas horas, en esta jornada tuvimos que llorar la pérdida del valiente español don Antonio Mijares y tres más patriotas, entre ellos un español. Sólo la falta de parque y [tiempo] para reponer[se] de sus fatigas pudo separar nuestras tropas [del] enemigo. 18

Los mexicanos no lograron batir al adversario, y en la tentativa de arrebatarles la pieza de artillería que poseían, perdió la vida Antonio Mijares, el mismo que encabezaba la resistencia.

"Las tropas nacionales se concretaron de ahí en adelante a mantener el encierro del enemigo, pero pocos días después se retiraron hacia La Paz por haber llegado al puerto dos barcos". <sup>19</sup> Se trataba de los balleneros norteamericanos *Magnolia y Edward*, que ocurrieron en auxilio de sus compatriotas. Tiempo más tarde el *Southtampton* y el *Portsmouth* llegaron al relevo. La escuadra norteamericana permaneció en San José del Cabo hasta el 1 de enero de 1848.

En el puerto de La Paz, entretanto, la guerrilla mexicana encabezada por el capitán Manuel Pineda lanzó un ataque la madrugada del 16 de noviembre de 1847 para apoderarse de la plaza sorprendiendo al enemigo. Éste, que

<sup>15</sup> Idem.

<sup>16</sup> Idem.

<sup>17</sup> Gerhard, op. cit., p. 421; Martínez, op. cit., p. 376.

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio. Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.* 

<sup>19</sup> Martinez, op. cit., p. 378.



había engrosado sus filas con mexicanos desleales, logró frustrar la acometida de los patriotas. Los mexicanos hicieron todavía dos nuevas intentonas a lo largo del día y otra más al amanecer del 17 de noviembre.

[Estas maniobras] han hecho conocer al enemigo la bravura de los mexicanos cuando se pelea por sus hogares y por su patria. Sin murallas, sin cañones, ni otros aproches de guerra, que sus pechos heroicos sostuvieron día y noche 80 patriotas al mando del comandante principal en el puerto de La Paz, un ataque bien concertado que el enemigo en número de 130 soldados americanos con otros más ingratos desnaturalizados mexicanos, tuvieron que correr a sus trincheras, en donde sólo sostenidos por cañones y granadas pudieron sostenerse contra nuestros intrépidos.<sup>20</sup>

Tal escribió Mauricio Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. Así, a pesar del valor desplegado, los defensores de la soberanía no lograron vencer a los norteamericanos.

Las noticias sobre el armisticio entre las fuerzas norteamericanas y mexicanas se recibieron en Washington el 14 de septiembre de 1847, veintitrés días después de que éste fuera concertado. El presidente James Polk temió que la decisión de suspender las hostilidades fuera un error o constituvera una artimaña más del adversario, que buscaba ganar tiempo para reorganizar su vencido ejército para la resistencia. Dos semanas más tarde, cl 2 de octubre, el gobierno norteamericano recibió de su comisionado el panfleto: Contestaciones habidas entre el supremo gobierno mexicano, el general en jefe del ejército norteamericano y el comisionado de los Estados Unidos, por el cual supo del fin del armisticio, y de las condiciones en que éste se había dado. El presidente Polk reaccionó con indignación ante la actitud del enemigo que se negaba a aceptar las condiciones norteamericanas, a pesar de su derrota. "México ha rehusado negociar la paz bajo los términos que el gobierno de los Estados Unidos puede aceptar, y es claro que la guerra debe proseguir con un incremento de las fuerzas armadas con creciente energía", 21 dijo el jefe de Estado. Polk discutió la situación con su gabinete exhaustivamente y como resultado redactó instrucciones para el general Scott y para el comisionado Trist.

De acuerdo con la nota enviada a Scott, la guerrilla de México debía ser suprimida con firmeza, y la carga que representaba mantener al ejército norteamericano en este país debía ser pagada por los mexicanos; la capital

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio. Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.* 

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> George Lockhart Rives, The United States and Mexico. 1821-1848. A history of the relations between the two countries from the independence of Mexico to the war with the United States, 2 v., New York, Charles Scribners Sons, 1913, Kraus Reprint Co., 1969, P. 520.



tendría que ser tomada y retenida por las fuerzas estadounidenses y el camino a Veracruz habría de permanecer abierto. El área ocupada por Scott se extendería al llegar los refuerzos.<sup>22</sup>

Por su parte, las instrucciones a Trist expresaban el sentir de Washington: "todos los mexicanos deben saber que el gobierno de los Estados Unidos nunca renunciará ni al territorio entre las Nueces y el Río Grande, ni a Nuevo México o a ninguna porción de Alta California". <sup>23</sup> El secretario de Estado dijo también al comisionado que sus primeras instrucciones habían sido redactadas en "el marco de un espíritu de tolerancia y moderación" y que su gobierno había esperado que después de la caída de San Juan de Ulúa el gobierno mexicano estuviera deseoso de establecer la paz, pero por lo visto no era así. Ahora, las circunstancias habían cambiado; Nuevo México, las Californias, varios estados del norte de México y la mayoría de los puertos más importantes estaba en poder de los estadounidenses; una gran parte del tesoro norteamericano se había gastado en esta guerra y muchas vidas de ciudadanos se habían sacrificado. El Presidente estaba decidido a no hacer otra oferta más de paz a los mexicanos, éstos deberían implorarla; para entonces, los términos para establecerla estarían determinados por los acontecimientos futuros, por las acciones militares, la sangre norteamericana vertida en ellas y el tesoro gastado por su causa.<sup>24</sup>

Así las cosas, el presidente consideró que la presencia de Trist en México era inconveniente, pues podría dar a los mexicanos la impresión errónea de que los Estados Unidos estaban tan ansiosos de concertar la paz que estarían dispuestos a aceptar las condiciones y términos propuestos por sus comisionados. En consecuencia, Trist fue llamado por su gobierno; se le indicó que si hubiera acordado un tratado de paz antes de tener en sus manos las presentes instrucciones, lo llevara consigo a Washington, pero si éstas llegaran en medio de las negociaciones con el gobierno mexicano, entonces debería interrumpir todo convenio y ofrecer su mediación para presentar la propuesta mexicana al presidente de los Estados Unidos. Hecho lo anterior, regresaría a su país sin tardanza. Estados Unidos.

Las instrucciones del Departamento de Guerra destinadas a Scott y las del Departamento de Estado dirigidas a Trist, no llegaron a sus destinatarios hasta el 16 de noviembre de 1847.

La comunicación entre el comisionado norteamericano y su gobierno enfrentaba graves tropiezos y dilaciones: las instrucciones del Departamento de Estado se cruzaban en el camino con los despachos del enviado; largo

<sup>&</sup>lt;sup>22</sup> Ibid., p. 521.

<sup>28</sup> Buchanan a Trist. Washington, octubre 6, 1847, en NAW, Diplomatic..., v. 16, rollo 112.

<sup>24</sup> Idem

<sup>&</sup>lt;sup>25</sup> Rives, op. cit., p. 520.

<sup>&</sup>lt;sup>26</sup> Buchanan a Trist. Washington, octubre 6, 1847, loc. cit.



tiempo transcurría antes que las misivas llegaran a los interesados y las consecuencias de todo ello eran imprevisibles. En esta ocasión el resultado fue, por una parte, que el comisionado norteamericano tuviera que actuar de acuerdo con sus propias decisiones, en un momento tan delicado, y, por otra, que el gobierno de los Estados Unidos dictara disposiciones a Scott y Trist, ayuno de noticias frescas y fehacientes sobre las condiciones imperantes en México, en ese preciso momento. Así, Buchanan escribió a Trist una comunicación el 25 de octubre de 1847, fecha en que el propio Trist dirigió un despacho a su gobierno. En aquélla, el secretario de Estado reclamó a su enviado la idea de establecer la frontera sobre el paralelo 33°, cediendo parte de Alta California, donde se encuentra el puerto de San Diego, considerado de tanta importancia para los Estados Unidos, como el de San Francisco. La línea divisoria —indicó Buchanan— debía fijarse al norte del paralelo 32° y al sur de San Miguel en el Pacífico, en caso de que México no cediera Baja California.<sup>27</sup>

Trist fue reprendido también por haber detenido el avance de las fuerzas norteamericanas a las puertas de la ciudad de México, dando con ello oportunidad a los mexicanos de rehacer su ejército. En consecuencia, el presidente reiteraba la orden de retiro a su emisario. <sup>28</sup> Esta decisión se basaba en el deseo del ejecutivo de mantener una posición de fuerza frente a los mexicanos. <sup>29</sup>

En México, entretanto, los diputados recibieron —de acuerdo con las observaciones de Trist— una gran cantidad de peticiones en favor de la paz, procedentes del público y de los partidos políticos. El gobierno se dispuso a convenir un acuerdo con el norteamericano.<sup>30</sup> Éste, "sin duda, operó por su cuenta y en contra de la opinión de Buchanan, aunque sin descuidar el espíritu y las verdaderas finalidades de sus instrucciones iniciales", <sup>31</sup> al establecer con los mexicanos los pasos conducentes a una paz definitiva.

Trist actuó con prontitud y firmeza pues estaba decidido a regresar a Washington con el tratado bajo el brazo. La frontera podría establecerse siguiendo el curso del río Bravo hasta el paralelo 32°, y por éste hasta el océano Pacífico, dando a los Estados Unidos libre acceso a sus posesiones por el Golfo de California. El emisario de Washington advirtió a los mexicanos que la actitud de su gobierno se endurecería en el futuro; era pues el momento de concretar el convenio 32

Cuando Trist emprendió esta fase de las negociaciones para establecer el

<sup>27</sup> Buchanan a Trist. Washington, octubre 25, 1847, loc. cit.

<sup>28</sup> Idem

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> Pletcher, op. cit., p. 529.

<sup>30</sup> Bosch, op. cit., p. 40.

<sup>31</sup> Ibid., p. 41.

<sup>32</sup> Ibid., p. 203.



tratado de paz, lo hizo teniendo en mano las instrucciones en que Buchanan lo criticaba duramente y donde se le ordenaba detener los acuerdos, si éstos aún no hubieran concluido un arreglo.<sup>33</sup> La decisión de Polk de romper las negociaciones en el momento en que los pacifistas habían ganado el control del gobierno mexicano sorprendió y apenó al comisionado. El propio Manuel de la Peña y el attaché británico en México, Thomton, consideraron que los belicistas fortalecerían su posición al conocer las órdenes de Polk a su comisionado.

El enviado estadounidense había podido apreciar la precaria situación de la administración mexicana, sometida a las presiones de santannistas, moderados, monarquistas y puros.<sup>34</sup> Advirtió también el deseo de un grupo de mexicanos de establecer un protectorado norteamericano en México y aun de realizar la anexión total.<sup>35</sup>

Las críticas a su labor y el fin de su misión eran sin duda producto de las noticias que habían llegado a Washington sobre la toma de la ciudad de México por el ejército norteamericano; éstas hicieron que el ejecutivo estadounidense, eufórico por la victoria, desbordara sus ansias expansionistas y pretendiera sacar partido del triunfo con un tratado más jugoso. Provenían asimismo del desconocimiento de Washington acerca de la realidad mexicana. Trist, en consecuencia, continuó los arreglos por considerar que la paz podía lograrse sobre la base del proyecto que le dio su gobierno y con plena conciencia de que —en ese momento— el cese o la continuación de la guerra dependían de su decisión. 36

Para entonces, el general Pedro María Anaya ocupaba la presidencia de la República y los comisionados de México habían sido nombrados; se trataba

- 33 Buchanan a Trist. Washington, octubre 6, 1847, loc. cit.
- <sup>34</sup> Estos últimos eran señalados por Trist como los halcones de guerra deseosos de continuar el conflicto bélico. Almonte, por su parte, intrigaba con moderados, conservadores y militares para llegar a la Presidencia y continuar las hostilidades, en tanto Paredes, que había regresado del exilio, conspiraba para poner de nuevo en marcha sus proyectos monarquistas. Pletcher, *op. cit.*, p. 534.
  - 35 Idem.
- <sup>36</sup> Trist tomó la decisión de quedarse en México en los primeros días de diciembre. El comisionado expresó las razones de esta determinación en una nota a Thornton y en un despacho al secretario de Estado de su gobierno. Dijo al attaché británico que había propuesto a los comisionados mexicanos una frontera que los Estados Unidos no podrían rechazar: de la desembocadura del Río Grande al Paso y, por el paralelo 320, hasta el Pacífico. Si los mexicanos aceptaban esos términos, él firmaría el tratado violando sus instrucciones, porque sentía que el gobierno norteamericano deseaba la paz y porque temía que el colapso de las negociaciones prolongara la guerra indefinidamente. Asimismo, estaba seguro de que ningún gobierno mexicano cedería territorios al sur de la línea descrita. Manning, op. cit., v. VII, p. 984-985. En el despacho a Buchanan, el comisionado reiteró los argumentos expuestos a Thornton y destacó la incongruencia entre las declaraciones norteamericanas acerca de su deseo de establecer la paz y la ruptura de negociaciones. Declaró que muchos mexicanos estaban en favor de la anexión a los Estados Unidos, pero que esto sucedería pacíficamente, sólo a través de la proclama abierta de los Estados Unidos en este sentido. Asumía que el gobierno norteamericano no deseaba la anexión total de México, pues ésta destruiría la unión americana. Advirtió que la continuación de la guerra y los intentos por desmembrar a México conducirían a la anarquía y a la proliferación de acciones guerrilleras. Trist a Buchanan. México, diciembre 6, 1847, en ibid., p. 984-1015.



de Bernardo Couto y Miguel Atristáin, quienes desempeñarían tal función de nueva cuenta, y Manuel Rincón y Luis Gonzaga Cuevas que sustituirían a José Joaquín Herrera e Ignacio Villamil. Con ellos concluyó Trist el tratado el 2 de febrero de 1848, el cual fue remitido a los Estados Unidos de inmediato.

Le envío aquí el Tratado de Paz, Amistad, Límites y Asentamientos firmado hace una hora en la Villa de Guadalupe, un sitio que los creyentes de este país consideran como el más sagrado de la tierra, pues fue el escenario de la milagrosa aparición de la Virgen para declarar que México sería tomado bajo su protección especial...

escribió Trist, con frases que parecen encerrar un sarcasmo muy doloroso para los mexicanos, y continuó:

Durante las negociaciones que han sido tremendamente laboriosas y que me han mantenido sumamente ocupado durante las pasadas semanas día y noche, tantas horas como me fue posible emplear en el trabajo. He escrito muchas notas que servirán de explicación del tratado en todas sus estipulaciones, asimismo he escrito un despacho sobre el asunto.<sup>37</sup>

El artículo 50. del tratado estableció el lindero entre México y los Estados Unidos en los siguientes términos: la línea divisoria comenzaría en la desembocadura del río Bravo, seguiría su curso hasta su intersección con el lindero meridional de Nuevo México y, a partir de este punto, correría por la propia línea hacia el poniente. Continuaría por el límite occidental de la misma provincia hasta encontrar el primer brazo del Gila, punto desde el cual avanzaría en línea recta hasta alcanzar el río Colorado. Seguiría por el límite sur de Alta California, hasta el Pacífico. La carta geográfica que serviría de base para demarcar los linderos sería el Mapa de los Estados Unidos de México, según lo organizado y definido por varias actas del Congreso de dicha república y construído por las mejores autoridades: en la edición que publicó J. Disturnell en Nueva York en 1847.

El límite entre Alta y Baja California se estableció en una línea recta trazada desde la confluencia entre el Gila y el Colorado hasta un punto ubicado en el litoral en el Pacífico, una legua marina al sur del puerto de San Diego.

Las dos naciones nombrarían sendas comisiones, integradas por un comisario y un agrimensor, que establecerían "la línea divisoria con la precisión debida". Ambas comisiones se reunirían antes del término de un año, a partir de las ratificaciones del tratado. El resultado de sus trabajos formaría parte del tratado mismo, en donde se asentó claramente que la línea divisoria que se estableciera por este artículo sería "religiosamente respeta-

<sup>37</sup> Trist a Buchanan, México, febrero 2, 1848, en NAW, Despatches..., v. 14, rollo 15.



da por cada una de las dos repúblicas, y ninguna variación se hará jamás de ella, sino de expreso y libre consentimiento de ambas naciones, otorgado legalmente por el gobierno general de cada una de ellas, con arreglo a su propia Constitución."38

La frontera fijada de acuerdo con los párrafos antes citados, se ajustó en líneas generales a los términos planteados por el proyecto presentado por Trist, a excepción de los linderos del extremo noroccidental de México. El comisionado hubo de resignarse a no establecer el límite de dicha región en el paralelo 32; de haber insistido en ello, habría enfrentado problemas insuperables con el gobierno mexicano. Éste, presionado por diversas facciones políticas, así como por los estados de Sonora y Chihuahua, que se opusieron resueltamente a la cesión de un sólo ápice de su territorio, defendió denodadamente su propuesta de frontera.

En consecuencia, los límites establecidos por el tratado del 2 de febrero de 1848 no afectaron la integridad territorial de Sonora y Chihuahua —aunque sí lo hicieron con Tamaulipas—, y dejaron a la península de Baja California bajo la soberanía mexicana y ligada al resto del territorio de la República por una estrecha faja de tierra. México tampoco cedió el derecho de tránsito por Tehuantepec a los norteamericanos. Sin embargo, el rescate de tales territorios de las ambiciones estadounidenses tuvo su precio y Trist supo cobrarlo; la suma que el gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto a pagar por los territorios adquiridos de México, \$20 000 000, disminuyó a \$15 000 000. Así y todo, los mexicanos se dispusieron a la ratificación del tratado con moderada celeridad.

El 16 de marzo de 1848, la administración norteamericana nombró a Ambrose Sevier y a Nathan Clifford enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios ante el gobierno mexicano con la misión explícita de consumar el tratado de paz firmado en la Villa de Guadalupe el mes anterior. El citadodocumento había sido previamente ratificado con algunas enmiendas por el Congreso de los Estados Unidos. Se informó a los comisionados que su propósito no consistiría en negociar un nuevo tratado o cambiar el existente; ninguna de las enmiendas realizadas por el Senado podría ser rechazada o modificada a menos que ese cuerpo diera su autorización. Su cometido consistiría en usar todos los esfuerzos "honorables" para obtener del gobierno mexicano la ratificación del acuerdo en la forma en que éste había sido aprobado por la Cámara Alta del Congreso de los Estados Unidos; la tarea debía cumplirse a la brevedad posible, evitando discusiones innecesarias.<sup>39</sup>

Clifford llegó al puerto de Veracruz al principiar el mes de abril de 1848;

<sup>&</sup>lt;sup>38</sup> Bosch, op. cit., p. 927-928; Moyano, México y ..., p. 299-300.

<sup>&</sup>lt;sup>39</sup> Buchanan a Ambrose H. Sevier. Washington, marzo 18, 1848, en NAW, *Diplomatic...*, v. 16, rollo 112; Buchanan a Nicholas P. Trist. Washington, marzo 19, 1848, en *loc. cit.* 



ahí, según "las opiniones de las personas más inteligentes que [había] conocido", se sintió autorizado a pensar que el gobierno mexicano estaba plenamente dispuesto a ratificar el tratado sin tardanza. 40 Por cierto, también en Veracruz fue informado por el coronel Elison, gobernador militar de la ciudad, que el general Santa Anna se encontraba en esos momentos en una población cercana al puerto bajo la escolta de las tropas norteamericanas, en espera de embarcarse hacia la isla de Jamaica. 41

Pocos días después de haber enviado su primer despacho, hallándose ya en la ciudad de México, Clifford advirtió que las reformas del Senado al tratado habían sido publicadas en los principales diarios de la capital sin provocar la menor oposición entre los diferentes sectores de la sociedad mexicana. Más tarde, al encontrarse los dos comisionados de Washington con Luis de la Rosa, secretario mexicano de Estado y Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores, pudieron confirmar la versión de que el gobierno mexicano estaba dispuesto a aceptar el tratado con todo y las enmiendas. A

En efecto, los informes que obtuvieron los enviados de Polk así como sus propias observaciones fueron corroborados cuando el Senado mexicano aprobó el tratado por 33 votos a favor y 5 en contra, el 25 de mayo de 1848 en la ciudad de Querétaro. El intercambio de ratificaciones se efectuó cuatro días después.<sup>44</sup>

A pesar de lo informado por Clifford a su gobierno sobre la favorable respuesta que provocó el tratado entre los mexicanos, el documento suscitó reacciones contradictorias. Hubo quienes, siendo partidarios del fin de la guerra, apoyaron y defendieron los términos en que se pactó la paz entre México y los Estados Unidos. Entre ellos se encontraban, lógicamente, los comisionados del gobierno mexicano para la negociación del acuerdo. Éstos afirmaron que el tratado que puso término a la guerra había salvado a México de su posible fin como nación; argumentaron que si la guerra hubiese continuado México habría sido anexado con toda seguridad a los Estados Unidos y, en consecuencia, el tratado no había impedido tan sólo pérdidas mayores, sino que había recuperado gran parte del territorio que los invasores habían sometido. 45

El propio Manuel de la Peña y Peña, quien fue comisionado de paz, subrayó la preocupación que sintió la comisión por abandonar a la población

<sup>&</sup>lt;sup>40</sup> Nathan Clifford a Buchanan. Veracruz, abril 2, 1848, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>41</sup> Idem

<sup>42</sup> Clifford a Buchanan. México, abril 12, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>&</sup>lt;sup>43</sup> Bosch, op. cit., p. 46; las enmiendas al tratado pueden verse en Moyano, México y los Estados Unidos..., p. 317-319.

<sup>44</sup> Bosch, op. cit., p. 47.

<sup>&</sup>lt;sup>45</sup> Richard Griswold del Castillo, "Mexican views of 1848: The Treaty of Guadalupe Hidalgo through Mexican history", trabajo presentado en el Séptimo Congreso de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxaca, octubre 1985 (mecanoescrito).



mexicana de los territorios que pasaron a manos norteamericanas, pero afirmó también que, si hubiera sido posible, él habría aumentado el territorio cedido a los norteamericanos con la condición de que liberaran a los mexicanos residentes en aquellas tierras. <sup>46</sup> Los opositores al fin de la guerra y del tratado alzaron también sus voces; la de Manuel Crescencio Rejón estaba entre ellas. Rejón afirmó, en sus ataques al convenio, que México habría podido vencer a los Estados Unidos con una prolongada guerra de guerrillas. <sup>47</sup> Consideró que el tratado acarrearía la subordinación económica de México a los Estados Unidos y que la nueva frontera acercaría más el comercio norteamericano al corazón del país, provocando con ello su americanización. Advirtió que la República nunca podría competir con el mercado estadounidense y que el acuerdo era la sentencia de muerte de la nación. <sup>48</sup> Otros liberales como Melchor Ocampo y Benito Juárez compartían estas ideas. <sup>49</sup>

Los años que van de 1847 a 1853 presenciaron un gran fermento intelectual en México, cuando los partidos políticos intentaron penetrar en las causas de la vergonzosa derrota de 1847.<sup>50</sup>

Mientras el gobierno de la República firmaba la paz con los Estados Unidos en Querétaro, y en la capital conservadores y liberales disputaban en torno a ella, en la península de Baja California la guerra continuaba. El gobierno federal no se ocupó de ayudar efectivamente a los patriotas de Baja California hasta diciembre de 1847, y las acciones de defensa que los peninsulares realizaron no tuvieron más respuesta de la administración pública que las cartas que el comandante general del estado de Sonora transmitió al "Ilustre Ayuntamiento del pueblo de Mulegé", de parte del ministro de Guerra y Marina y del general en jefe de la División de Occidente. En la misiva del primero podía leerse: "Dispone igualmente su excelencia [el presidente de la República] que vuestra señoría dé las gracias a todas las personas que contribuyeron a rechazar al enemigo y que les haga presente que el Gobierno Supremo tomará en consideración sus distinguidos servicios

<sup>46</sup> Ibid., p. 3-5.

<sup>47</sup> Ibid., p. 5-6.

<sup>&</sup>lt;sup>48</sup> [s.a.], *Manuel Crescencio Rejón. Pensamiento político*, prólogo, selección y notas de Daniel Moreno, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968. 210 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 88) p. 119-120.

<sup>49</sup> Idem.

<sup>50</sup> Charles Hale, "The war with the United States and the crises in Mexican thought", en *The Americas*, v. 14, núm. 2, octubre 1957. P. 153-174. En este interesante artículo, Hale sostiene que la guerra con los Estados Unidos y sus funestas consecuencias propiciaron un periodo de autocrítica, examen y debate entre los partidos políticos mexicanos entre 1847-1853. En esos años, los liberales reforzaron sus convicciones republicanas, en tanto los conservadores, decepcionados del balance de 30 años de gobiernos republicanos, buscaron medidas extremas para resolver los males de México. "El impacto de la derrota en 1847, hizo creer a los conservadores que la monarquía era absolutamente necesaria." Hale, *op. cit.*, p. 172. Cabe señalar que estas posturas, tanto de uno como de otro grupo político, no eran nuevas y que la guerra mexicano-norteamericana sólo vino a reafirmarlas.



para recompensarlos debidamente."<sup>51</sup> A pesar de las promesas, la recompensa nunca llegó, así como tampoco se envió el auxilio militar suficiente que los habitantes de Baja California solicitaron. Mauricio Castro, jefe político de Baja California, escribió al ministro de Relaciones:

Estos pueblos, excelentísimo señor, han emprendido una lucha superior a sus fuerzas, porque pelean contra un enemigo que se defiende por medio de sus cañones y con cuanto el arte de guerra ha producido en los modernos tiempos. Nosotros en verdad que peleamos por nuestra independencia, pero ¿qué recursos no nos faltan para garantizar nuestros esfuerzos? Esta excelentísima junta territorial[...] ha acordado algunos subsidios a nuestros defensores, pero está muy lejos de creer que el país peninsular por sí sólo pueda sostener, después de un riguroso bloqueo que hemos sufrido ha dos años, [y] un número de defensores de más de 400 hombres que pelean por nuestra independencia. 52

Castro le anunció la decisión de enviar dos comisionados a Guaymas para pedir al comandante general de Sonora "cuantos auxilios pueda facilitarnos; ya de armamento, pertrechos de boca y guerra y algunos soldados veteranos con sus jefes que regularicen la guerra emprendida."<sup>53</sup>

Castro pensaba, hacia la segunda semana de diciembre de 1847, que la guerra en la península se prolongaría aún por mucho tiempo, pues se combatía no sólo contra las guarniciones del enemigo, sino también contra los barcos norteamericanos que permanecían en los puertos protegiéndolas; si el Supremo Gobierno no dictaba órdenes a las comandancias generales de Sonora y Sinaloa para que otorgaran la asistencia solicitada, la lucha contra los norteamericanos no podría mantenerse por mucho tiempo.<sup>54</sup>

El alto mando militar, no obstante las demandas de socorro de los vecinos de Baja California, dejó a discreción de la Comandancia General del Estado de Sonora el envío de ayuda a la península; "y respecto de los auxilios que vuestra señoría puede y desea prestar a los muleginos, vuelvo a decirle que se arregle a las instrucciones que de antemano le tengo comunicadas, pues otros auxilios deben proporcionarse en tanto que sean conciliables con los elementos que vuestra señoría necesita para la seguridad de ese Estado", 55 escribió el jefe de la División de Occidente al comandante general de Sonora, con lo cual se ponían en evidencia varios aspectos de la situación: primero, la penosa escasez de recursos de los estados para enfrentar la guerra con los

<sup>51</sup> Campuzano al Ayuntamiento de Mulegé. Guaymas, Sonora, enero 7, 1848, en ASRE (FIL)-6-(I).

<sup>&</sup>lt;sup>52</sup> Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 11, 1847, en ASRE, LE (1093).

<sup>53</sup> Idem.

<sup>54</sup> Idem.

<sup>&</sup>lt;sup>55</sup> General en jefe de la División de Occidente a Campuzano. Noviembre 17, 1847, en ASRE, LE (1093).



norteamericanos; segundo, la falta de coordinación entre los mandos de las fuerzas armadas de la República; tercero, el total desamparo en que se encontraban algunas entidades del país —en este caso específico se hallaba Baja California—; cuarto, la imposibilidad de las fuerzas republicanas para acudir en ayuda de las entidades inermes; quinto, el singular sentido de federalismo que prevalecía en los estados del país, en el cual cada uno de ellos velaba por su propia seguridad, resistiéndose a colaborar en forma unitaria a la defensa de la República; y sexto, la incapacidad del gobierno central para dar respuesta a las demandas de defensa de la soberanía que le presentaban los miembros de la federación. En consecuencia, los defensores de Baja California tuvieron que contentarse con la exigua ayuda que recibieron de Sonora para continuar enfrentando la invasión norteamericana.

El retiro de la escuadra de los Estados Unidos de las costas de San José del Cabo al comenzar el año de 1848, puso a los patriotas en movimiento una vez más. Sus acciones estaban destinadas en ese momento a impedir que los adversarios se aprovisionaran en el área; "hicieron requisa de ganado y caballos, destruyeron las cosechas que pudieran servir al enemigo y le cortaron todas las comunicaciones". <sup>56</sup> Apresaron a cinco estadounidenses que traían provisiones para sus compatriotas desde La Paz. Heywood, quien había quedado en San José con 46 hombres de las fuerzas invasoras y otros tantos mexicanos, empezó a sentir el rigor del sitio.

Los sudcalifornianos, reforzados por un grupo de yaquis enviados desde Sonora, lograron controlar la mayor parte de San José, reduciendo a los norteamericanos a unas cuantas construcciones en las que se resguardaban del enemigo y, para aumentar la presión, les cortaron el suministro de agua.

El arribo del *Cyane*, el 14 de febrero de 1848, enfrentó de nueva cuenta a las fuerzas norteamericanas con los mexicanos. La acción se libró en la loma de San Vicente, cuando la guerrilla mexicana trató de impedir el avance de los hombres que desembarcaron para auxiliar a Heywood y su gente. La artillería de los invasores sembró el terror entre los guerrilleros, quienes tuvieron que retirarse hacia Todos Santos y San Antonio, en donde permanecieron a la defensiva.<sup>57</sup>

Al llegar a La Paz, 150 hombres del Batallón de Voluntarios de Nueva York, el coronel Henry Burton estuvo en condición de emprender la persecución de los defensores de la península. Burton y sus fuerzas capturaron al capitán Manuel Pineda, a Mauricio Castro y a otros jefes de la insurgencia, así como a una gran parte de la resistencia mexicana, incluidos los yaquis, con quienes "algunos oficiales norteamericanos se portaron con excesiva crueldad". 58

<sup>&</sup>lt;sup>56</sup> Martínez, op. cit., p. 378-379.

<sup>&</sup>lt;sup>57</sup> *Ibid.*, p. 380.

<sup>58</sup> Ibid., p. 381.



Las fuerzas norteamericanas permanecieron en la península hasta el primero de septiembre de 1848, pero desde mayo del mismo año habían conseguido someter a los rebeldes del territorio a quienes tenían en prisión o mantenían en libertad bajo palabra, en Mazatlán.<sup>59</sup>

El 30 de mayo de 1847 Shubrick había informado al secretario de Marina de los Estados Unidos que todo estaba en calma en ambas Californias y que la gente estaba decididamente en favor del gobierno norteamericano. <sup>60</sup> Esta afirmación era una verdad a medias, pues aun cuando hubo sudcalifornianos que se sometieron rápidamente y sin resistencia a las fuerzas norteamericanas, proclamaron su adhesión a los Estados Unidos o al menos permanecieron neutrales, hubo también quienes defendieron la península y se opusieron a la ocupación con las armas en la mano, tratando de mantener la integridad nacional y la permanencia de Baja California en la federación mexicana.

En el momento en que la guerra terminó, los primeros pidieron a los comandantes navales estadounidenses que los sacaran de la península y los llevaran a la Alta California —parte va de los Estados Unidos— en donde establecerían su residencia. El comandante naval H. W. Halleck hizo una ardiente defensa de estos mexicanos. Señaló que cuando aquel territorio fue tomado por las fuerzas de los Estados Unidos, se prometió a la población protección de su gobierno y, en noviembre de 1847, el comandante en jefe de la escuadra del Pacífico les aseguró que ese territorio sería retenido por el gobierno norteamericano, el propio presidente Polk había asegurado, en su mensaje anual de diciembre de 1847, que Baja California nunca sería entregada a México. Halleck afirmó que las personas más respetables del territorio, actuando bajo estas seguridades, no sólo rehusaron formar parte de las fuerzas mexicanas que fueron enviadas para intentar recobrar esa parte del país de manos de los norteamericanos, sino que muchos de ellos tomaron las armas en defensa de los Estados Unidos y prestaron un invaluable servicio peleando contra la guerrilla que había sido levantada y armada por México, con el propósito de expulsarlos.

Algunos de ellos perdieron —añadió— sus vidas, sus propiedades y todos ellos se expusieron a los castigos más severos del gobierno mexicano, pues consideraron que esas promesas habían sido hechas de buena voluntad y actuaron por las seguridades que les dieron los agentes del gobierno norte-americano. Estos mexicanos encontraban ahora que, por el tratado del 2 de febrero, la Baja California había sido entregada a México y que el pueblo de la península quedaba así expuesto a la pérdida de sus vidas, y a la confiscación de sus bienes por haber luchado al lado de los estadounidenses.<sup>61</sup>

<sup>59</sup> Bradford Shubrick, comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico, al secretario de Marina de los Estados Unidos. Golfo de California, noviembre 9, 1847, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>&</sup>lt;sup>61</sup> H. W. Halleck a Bradford Shubrick, comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico. Mazatlán, mayo 6, 1848, en NAW, *loc. cit.*, v. 13, rollo 14.



Halleck transmitió asimismo a Shubrick la petición de estos vecinos de Baja California de que se les proporcionaran los medios de transporte para dejar su tierra y dirigirse a Alta California, Oregon o alguna otra parte de los Estados Unidos. "Considerando la peculiar y desesperada condición en que se encuentran ahora situados, ellos no pueden menos que creer que nuestro gobierno se dispone a proporcionar, por lo menos, esa ayuda y protección," añadió Halleck.

El norteamericano no era la única autoridad naval estadounidense preocupada por aquellos mexicanos que, habiendo proclamado sus simpatías hacia la idea de que Baja California pasara a ser jurisdicción norteamericana, quedaban ahora bajo el dominio de México, amenazados con una posible represalia por su deslealtad. El comodoro Thomas A. P. Jones dirigió a los comisionados Clifford y Sevier una nota en que expresó sus esperanzas de que los comisionados pudieran "rescatar a nuestro país [los Estados Unidos] de la falsa posición en que el tratado —tal y como ahora está— lo sitúa respecto a aquella porción de las Californias que comprende a todos los [hombres] inteligentes y ricos que se pusieron al lado de los Estados Unidos, permaneciendo neutrales o con nuestros soldados."63 Jones pidió asimismo a Clifford y Sevier instrucciones para emplear los barcos estadounidenses en el transporte de los ciudadanos desafectos de Baia California hacia la Alta California. 64 Pero los enviados no estaban en posición de acceder a la petición de Jones, "No somos menos sensibles que usted al peligro de que pueda perpetrarse una injusticia por las autoridades mexicanas con los habitantes de Baja California que estuvieron de nuestro lado con las armas durante la guerra; pero no tenemos ningún poder para darle instrucciones sobre tal asunto y dudamos en aconsejar a un experimentado comandante naval acerca de un punto en el cual no tenemos jurisdicción."65 Nathaniel Clifford y Ambrose Sevier coincidieron con Jones sobre la obligación moral de los Estados Unidos de proteger a los mexicanos que apoyaron la ocupación; por ello transmitieron a Washington los puntos de vista del comodoro, pero advirtieron a Jones que no estaba en sus manos anticipar la respuesta, ni asegurar que ésta llegaría, y le recomendaron formular mientras tanto sus propias conclusiones, tal como se lo dictara su deber "y de acuerdo a sus instrucciones y a los términos del tratado."66

La correspondencia entre el comodoro y los delegados no quedó suspendida en este punto. Jones tenía preocupaciones más graves que "el compromiso moral [incumplido] de los Estados Unidos hacia los vecinos de Baja California".

<sup>62</sup> Idem

<sup>63</sup> Comodoro Thomas A. P. Jones a Nathaniel Clifford y Ambrose Sevier. Mazatlán, mayo 9, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>64</sup> Idem.

<sup>&</sup>lt;sup>65</sup> Sevier y Clifford a Jones. Ouerétaro, Ouerétaro, mayo 30, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>66</sup> Idam



En realidad, más que los sudcalifornios, al norteamericano le inquietaba la California peninsular.

No estaría de más asegurar a los comisionados que ya desde el punto de vista comercial o militar, Baja California posee un valor intrínseco para los Estados Unidos, si no superior, ciertamente no inferior al de Alta California y tal vez Oregon combinados... Sus puertos numerosos y de gran capacidad sobre el Océano y el Golfo, su apacible clima, su saliente punta en el Cabo San Lucas en la latitud 22° 44' norte y longitud 109° 54' al oeste de Greenwich, da a sus dueños el dominio total del comercio en la costa oeste de México al sur de Acapulco, y si debemos comprar la paz, la Baja California sería una ganga aun [si tuviéramos que pagar] diez o quince millones de dólares.<sup>67</sup>

Las notas de Halleck y Jones antes citadas nos propocionan elementos para esclarecer dos aspectos. El primero, referente a la identidad de los bajacalifornianos que apoyaron la invasión norteamericana a la península. De acuerdo a la expresión del propio Halleck, se trataba de "las personas más respetables" que se expusieron a "la confiscación de sus bienes," 68 o, según las palabras de Jones, incluía a los lugareños "inteligentes y ricos." Ambas frases nos dejan inferir que fueron los acaudalados, los propietarios —pues recordemos que según la ética protestante, código de los valores supremos de los norteamericanos anglosajones, la respetabilidad de un individuo corresponde al éxito económico logrado—, quienes comulgaron con el proyecto estadounidense de convertir a la Baja California en dominio de la Unión Americana.

El segundo aspecto tiene que ver con el interés estratégico comercial y naval que la península tenía para los norteamericanos y que rebasaba, evidentemente, el compromiso moral al que aludieron los dos jefes marítimos estadounidenses preocupados por la suerte de los mexicanos desleales.

La península representaba, para los Estados Unidos, un territorio de gran valor por su ubicación geográfica clave, que revestía un enorme interés para aquéllos que poseían negocios comerciales, pues significaba una plataforma para el mercado hispanoamericano y asiático. Quienes estaban preocupados por el poderío naval de los Estados Unidos, veían en este territorio un lugar estratégico para las operaciones marítimas en la cuenca del Pacífico. Ambos sectores armonizaban entre sí, ya que el interés comercial requería desde luego del apoyo que el sector militar, en este caso naval, pudiera prestarle. Amén de esta afinidad entre los proyectos comerciales y navales norteamericanos, se suman a éstos los intereses de aquellos peninsulares acaudalados que

<sup>67</sup> Idem.

<sup>68</sup> Vid. supra, p. 39-40.

<sup>69</sup> Vid. supra, p. 40.



vieron en la ocupación norteamericana de Baja California la oportunidad de integrarse a una nación cuyas instituciones políticas, económicas, militares, y de política exterior, les aseguraban el resguardo de sus negocios.

Es posible asimismo deducir de los documentos<sup>70</sup> que los clérigos y los vecinos de la península con escasas propiedades, incluidos dos españoles que encabezaron la resistencia, fueron quienes se opusieron con mayor firmeza a la ocupación extranjera de sus tierras. Para los primeros, el enfrentamiento con la Iglesia Protestante representaba el preludio de una disputa por la hegemonía; el clero católico corría el peligro de perder su poder y sus bienes temporales. Para los segundos, la invasión constituía la pérdida de su exiguo patrimonio: la tierra.

Entre junio y julio de 1848, las fuerzas navales norteamericanas entregaron a las autoridades mexicanas los puertos de Mazatlán y Guaymas que habían estado bajo su control durante la guerra. Sin embargo, el coronel Burton, quien estuvo a la cabeza de las fuerzas de ocupación de Baja California, se resistía a desocupar la península aduciendo que no se sentía autorizado a evacuar la plaza hasta tener en sus manos la orden correspondiente de su superior, el coronel R. B. Mason, gobernador civil y militar de las Californias, así como las órdenes expresas del presidente, pues las autoridades navales no pueden ejercer autoridad sobre otras esferas.

El comandante Jones dijo abiertamente: "no he tenido el poder, aun cuando tuviera la disposición, que no tengo, de intervenir para acelerar el traslado de los desafortunados habitantes de Baja California amenazados por la venganza de sacerdotes despiadados y militares déspotas," expresando en este comentario la inconsistencia de su preocupación por los compromisos morales norteamericanos incumplidos, que poco antes le alarmaran.

Jones anotó también que el sacerdote Gabriel González, así como el capitán Pineda —a los que líneas antes se había referido como "sacerdotes despiadados y militares déspotas"—, habían sido enviados desde Mazatlán para recibir el territorio de Baja California de manos de Burton quien esperaba con impaciencia, pues se encontraba en Monterey por esos días. Según Jones, el padre González y el capitán Pineda tramaban la venganza que habían de ejercer contra todos aquellos que de alguna manera ayudaron o favorecieron la causa norteamericana.<sup>74</sup>

Un día después de escribir este comunicado, Jones informó a Clifford y Sevier de la conferencia que sostuvo con Shubrick —su antecesor en el mando

<sup>&</sup>lt;sup>70</sup> Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 11, 1847, en ASRE (LE-1093).

<sup>&</sup>lt;sup>71</sup> Jones a Clifford, La Paz, Baja California, julio 13, 1848, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>72</sup> Idem.

<sup>73</sup> Idem.

<sup>74</sup> Idem.



de las fuerzas navales— y con el coronel Burton. En ella, establecieron que Baja California no sería entregada al gobierno mexicano hasta que Burton recibiera órdenes de las autoridades norteamericanas competentes; mientras tanto, acordaron proteger y proporcionar transporte hacia Alta California a quienes se hubieran adherido a los norteamericanos durante la ocupación de la península y dar una "compensación razonable" a aquellos sudcalifornianos que estuvieran en caso de extrema necesidad a causa de la pérdida o destrucción de sus propiedades, perpetrada por oficiales mexicanos en venganza por los servicios prestados a los Estados Unidos. La compensación provendría de una contribución extraordinaria cobrada en Mazatlán, Guaymas y la propia Baja California.<sup>75</sup> El carácter pragmático norteamericano quedaba de manifiesto en esta acción que servía para tranquilizar su conciencia y cuyo costo corría a cargo de los bolsillos mexicanos.

Las autoridades navales norteamericanas, sin embargo, se negaron a apoyar a los peninsulares desleales constituidos en asamblea de representantes de Baja California, que planeaba separar la entidad de México y anexarla a los Estados Unidos, al tener conocimiento de que el tratado de Guadalupe Hidalgo estipuló el dominio mexicano sobre la región.<sup>76</sup>

El coronel Henry Burton entregó finalmente la península al gobierno mexicano, representado por Mauricio Castro, el 31 de agosto de 1848. El 1 de septiembre, la escuadra norteamericana abandonó las costas de Baja California poniendo fin a la ocupación de aquel territorio, al vencer el plazo establecido por el artículo IV del convenio de paz entre México y los Estados Unidos.<sup>77</sup>

Es necesario detenernos en este punto para hacer algunas consideraciones que nos permitan explicar por qué permaneció la Baja California bajo jurisdicción mexicana a pesar de que en ciertos momentos los norteamericanos tuvieron claras intenciones de incorporarla a su territorio.

Para ello resulta importante hacer una revisión sucinta de la ocupación de las Californias por las fuerzas estadounidenses, considerando que Alta y Baja California eran una sola entidad desde 1836 y así estaban constituidas en el momento de la invasión. Ésta se inició el 7 de julio de 1846, al ocupar el ejército norteamericano el puerto de Monterey.

Al parecer las autoridades navales de los Estados Unidos se precipitaron a declarar consumada la conquista de las Californias, debido probablemente

<sup>&</sup>lt;sup>75</sup> Jones a Clifford. La Paz, Baja California, julio 14, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>&</sup>lt;sup>76</sup> Moyano, *México...*, p. 170.

<sup>77</sup> Véase el artículo IV del tratado en *ibid.*, p. 298. El primero de septiembre de 1848, el coronel Burton ordenó a los norteamericanos arriar la bandera. Las compañías de ocupación A y B fueron llevadas a bordo del *Ohio* junto con cerca de 300 sudcalifornianos colaboracionistas. La Paz fue entregada a las autoridades locales. La compañía D desocupó San José del Cabo el 6 de septiembre de 1848, siendo la última fuerza norteamericana que dejó suelo mexicano después del fin de la guerra con México. Gerhard, *op. cit.*, p. 424.



a la conducta sumisa de las autoridades de Alta California, interpretada por los invasores como el deseo de los californios de pertenecer a los Estados Unidos.

No obstante la actitud triunfalista de los norteamericanos, los habitantes de Alta California organizaron la resistencia hacia el mes de septiembre. Los patriotas fueron aplastados pocos meses después y en enero del 47 el secretario de Guerra norteamericano ordenó la ocupación de lugares clave de Baja California, ante el temor de que el gobierno mexicano intentara recuperar Alta California partiendo de la península. Durante los meses de marzo y abril, la escuadra norteamericana sometió San José del Cabo, Cabo San Lucas y La Paz. Las autoridades locales mostraron una actitud colaboracionista al declarar la neutralidad, pero los vecinos de Mulegé y Comondú se organizaron para oponerse a los invasores.

Hasta abril de 1847 la presencia amenazante de los barcos norteamericanos en las costas peninsulares pareció suficiente para someter a la región, pero las noticias de la reorganización de un gobierno mexicano en San José del Cabo movieron a las autoridades estadounidenses a ordenar la ocupación permanente de puntos clave de Baja California. A partir de ese momento se produjeron enfrentamientos entre los sudcalifornios patriotas y las fuerzas invasoras a las que se aunaron peninsulares colaboracionistas. La lucha se prolongó hasta marzo de 1848, en que los norteamericanos lograron someter en forma definitiva a sus adversarios. Para entonces, el tratado de paz entre México y los Estados Unidos ya se había firmado, y en él se estableció la jurisdicción mexicana sobre Baja California.

Las fuerzas estadounidenses, no obstante conocer los términos del tratado, permanecieron en la península hasta el último día que pudieron hacerlo. Las fuerzas de ocupación evacuaron San José del Cabo siete meses después de la firma de los convenios de paz, siendo las últimas en salir de territorio mexicano. Muchos de los jefes navales de los Estados Unidos expresaron su descontento por lo que para ellos resultaba inexplicable: el acuerdo de devolver a México la Baja California, a la que ya consideraban territorio propio.

De esta manera las pretensiones norteamericanas sobre Baja California se vieron frustradas a consecuencia de los acuerdos de Guadalupe Hidalgo. La península permaneció bajo dominio mexicano, así como el territorio que la comunica con el resto de la República. De igual manera se malograron las miras estadounidenses de extenderse sobre el noroestemexicano, especialmente sobre Sonora, Sinaloa y Chihuahua.

Si buscamos esclarecer las razones por las que los Estados Unidos no se adueñaron finalmente de la península, debemos recordar que —desde las primeras instrucciones a su comisionado— quedó en claro que la anexión de



Nuevo México y Alta California a la Unión Americana era condición sine qua non para firmar la paz con México, lo cual significa que estos territorios eran considerados prioritarios para los Estados Unidos; su anexión fue, en última instancia, la causa por la que los ejércitos norteamericanos emprendieron la marcha hacia México. No así el territorio de la Baja California y la concesión del derecho de tránsito por el istmo de Tehuantepec, que, aunque importantes, eran negociables. Es posible pensar que los norteamericanos prefirieran diferir la cuestión de Tehuantepec al saber que la concesión había pasado a manos de la compañía inglesa de Manning, Mackintosh y Schneider, involucrando a los británicos en el asunto y haciéndolo mucho más complejo y delicado.<sup>78</sup>

A partir de aquellas primeras instrucciones fue explícito que tanto Baja California como el derecho de tránsito por Tehuantepec, no obstante ser sumamente deseables, no eran considerados en ese momento como requisitos indispensables para concertar el fin de las hostilidades con México, <sup>79</sup> lo cual nos indica que, en el marco de las prioridades estadounidenses, éstas ocupaban un segundo plano.

Es importante advertir también que, a pesar de la existencia de sectores norteamericanos profundamente interesados en la incorporación de más territorio mexicano a los Estados Unidos —incluidos los que pugnaban por apoderarse de todo México—, no fueron ellos los que determinaron la línea fronteriza que se estableció en el tratado del 2 de febrero. Las discusiones sobre la anexión de territorios en el congreso estadounidense que, durante los primeros meses de la guerra no habían provocado un claro corte seccional o una alineación definida, 80 cambiaron de rumbo hacia el otoño del 47. Para entonces, la fuerza inusitada del movimiento que exigía la incorporación de todo México y la división de la opinión pública movieron al jefe del ejecutivo a adoptar una actitud cautelosa y, dentro del marco de posiciones anexionistas del gabinete, moderada. 81

<sup>&</sup>lt;sup>78</sup> Cahe señalar que en el año de 1847 la casa británica Manning & Mackintosh compró la concesión para construir una vía por Tehuantepec a José de Garay, quien la había recibido del gobierno mexicano en 1842. El cónsul inglés en México, Ewen C. Mackintosh, miembro prominente de la empresa y cabeza del proyecto, deseaba vender el privilegio a los norteamericanos. El propio comisionado Trist redactó los artículos que aprobaban la transferencia y que podrían insertarse en el tratado de paz. Sin embargo, la llegada del nuevo plenipotenciario de Inglaterra. Perry W. Doyle, modificó la situación. Doyle insistio en que Mackintosh diera a su gobierno la oportunidad de hacerse cargo del proyecto y apoyó la posición de los comisionados mexicanos que se negaron a incluir la concesión sobre Tehuantepec en el tratado. Pletcher, op. cit., p. 546.

<sup>79</sup> Véase nota 7.

<sup>&</sup>lt;sup>80</sup> Es posible encontrar posturas expansionistas durante buena parte de 1847, tanto en el Valle de Ohio-Mississippi, como en Illinois; en Nueva Orléans y Texas, al igual que en Pennsylvania; en Nueva York y aun en Nueva Inglaterra. Pletcher, *op. cit.*, p. 523.

<sup>81</sup> Robert J. Walker, secretario del Tesoro, y Nathan Clifford, procurador general, se pronunciaron abiertamente por la anexión del territorio mexicano situado al norte del puerto de Tampico. Polk, quien había señalado su deseo de establecer la frontera sobre el paralelo 26°, hubo de moderar sus apetitos ante el conflicto político que habría desatado un actitud anexionista desenfrenada. *Ibid.*, p. 527.



46

Las contradicciones regionales entre el norte y el sur estadounidenses, agudizadas a medida que avanzaba el siglo xix, determinaron posiciones antagónicas con respecto a la anexión de otros territorios que no fueran los inicialmente pensados: Nuevo México y Alta California. Vale la pena señalar que la disputa en torno a la expansión se reflejó abiertamente en las sesiones del congreso y que la enmienda Wilmot no fue sino una modesta prueba de las posiciones encontradas acerca de los territorios que los Estados Unidos habrían de anexarse. En todo caso, la discusión en la Cámara de Representantes puso de manifiesto la peligrosa división entre los miembros de la federación norteamericana.<sup>82</sup>

Por otra parte, cabe mencionar que en el curso de las diligencias para el establecimiento de la paz entre México y los Estados Unidos, los comisionados mexicanos mostraron una habilidad negociadora, a pesar de la situación extremadamente dificil en que se encontraba el país, cuya capital estaba ocupada por el ejército norteamericano. Los mexicanos lograron explotar el deseo de paz que ya se advertía en algunos sectores estadounidenses, y que el propio enviado norteamericano captó y expresó en su gestión.

No podemos afirmar que la resistencia presentada por los patriotas sudcalifornianos haya sido un factor determinante para que la península no pasara a dominio estadounidense, aunque no debemos tampoco dejar de considerarla para entender el desarrollo de la historia de la región en aquel periodo. Tampoco debemos eludir el estudio de aquellos sectores que apoyaron decididamente la ocupación norteamericana de su patria chica y se pronunciaron en forma abierta en favor de la incorporación a los Estados

82 Como prueba de esta disputa véanse las actas del 29 del congreso, la. sesión (diciembre 7, 1846marzo 3, 1847): discursos en favor y en contra de la guerra contra México. Muchas observaciones en contra de la guerra. Cámara de Representantes, diciembre 16, 1846. Congressional Globe, p. 45-52; Observaciones sobre el mensaje anual de Polk y sobre la guerra. Discusión sobre las causas y la enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, diciembre 24, 1846, p. 82-87, comentarios diversos sobre la guerra y la posible disolución de la Unión. Cámara de Representantes, enero 7, 1847, p. 136-139; largas series de resoluciones para terminar la guerra y en contra de adquisiciones territoriales como resultado de la guerra, discusión sobre el proyecto de ley para el pago del ejército y propuesta para incrementar el tamaño del ejército. Cámara de Representantes, enero 25, 1847, p. 252-255; debate sobre los orígenes de la guerra y la enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, febrero 9, 1847, p. 360-366; debate sobre la esclavitud y las adquisiciones territoriales. Cámara de Representantes, febrero 11, 1847, p. 383-391; discusión sobre el curso de la guerra, el territorio que sería adquirido, y la enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, febrero 13, 1847, p. 418-420; acuerdo acerca de que los Estados Unidos no tienen intenciones de desmembrar México y discusión..., Senado, febrero 17, 1846, p. 428-431; enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, febrero 17, 1847, p. 441-445. Véanse también en las actas del 30 congreso, la. sesión (diciembre 6, 1847-agosto 14, 1848), los documentos siguientes: acuerdo sobre el territorio adquirido. Senado, diciembre 14, 1847, p. 21; acuerdo en contra de la anexión de México. Senado, diciembre 15, 1847, p. 26; resolución sobre la adquisición de territorio. Cámara de Representantes, diciembre 15, 1847, p. 38; resolución sobre la conquista de México y la anexión de nuevo territorio. Senado, diciembre 20, 1847, p. 53-56. Daniel Tilden, miembro del partido Whig y representante de Ohio ante el congreso, afirmó en su alocución del 4 de febrero de 1847 (29 congreso, 2a sesión) su condena a la guerra, la cual consideró como injusta e innecesaria, impuesta hacia una nación por la acción no



Unidos, si el propósito es comprender el desarrollo histórico de aquella provincia.

Asimismo, es pertinente subrayar que los intereses estratégicos, comerciales y navales que movían la codicia norteamericana sobre Baja California, se satisficieron, en buena medida, con la adquisición de la Alta California con sus magníficos puertos en San Francisco y San Diego, desde donde era posible establecer una plataforma para el comercio con Asia y los enclaves marítimos necesarios para la flota que realizara ese comercio. De tal suerte que las principales expectativas norteamericanas se cumplieron ampliamente con la anexión de la Alta California. Por otra parte, los norteamericanos también debieron hacer concesiones en aras de la paz, y para ello tuvieron que renunciara sus pretensiones de obtener laconcesión detránsito por Tehuantepec y la jurisdiccion de la península sudcaliforniana.

autorizada e ilegítima del presidente. Prometió oponerse a la adquisición de más territorios esclavos y argumentó que el congreso tenía el derecho de limitar la esclavitud a su área presente. Por su parte, William Wick, legislador demócrata representante de Indiana, afirmó en su "Discurso sobre la guerra mexicana", pronunciado el 2 de febrero de 1847, que el provisor Wilmot era un ave de mal agüero que estimulaba un debate innecesario sobre el asunto de la esclavitud. Norman E. Tutorow (comp. ed.), The Mexican-American War. An annotated bibliography. Westport Connecticut, Greenwood Press, 1981. 428 p. Vid. cap. III, p. 48-97.





Matías Moreno— y de Mulegé, con Vicente Mejía y Manuel Pineda a la cabeza.<sup>3</sup>

Thomas Selfridge, al mando de la corbeta norteamericana *Dale* llegó a La Paz hacia fines de septiembre. Henry Burton, nombrado gobernador y comandante militar de la península por las fuerzas de ocupación, le informó entonces de las actividades insurgentes y la *Dale* zarpó con la misión de aislar a los rebeldes del continente y de dispersar las fuerzas de Mulegé.<sup>4</sup> El 1 de octubre tuvo lugar el primer enfrentamiento entre las fuerzas norteamericanas y los defensores de Baja California. Los norteamericanos debían impedir el abastecimiento de armas y municiones a la insurgencia a través del puerto.<sup>5</sup> El desarrollo y desenlace de este episodio es objeto de controversia, pues de acuerdo con la versión mexicana, las fuerzas encabezadas por José Matías Moreno, Vicente Mejía y Manuel Pineda rechazaron el desembarco de tropas norteamericanas, "con pérdida del enemigo",<sup>6</sup> en tanto que el informe del teniente Craven al comandante estadounidense Thomas Selfridge, señala que se trató de un encuentro de poca importancia en que el enemigo se escondió y sólo disparó tres veces.<sup>7</sup>

Mulegé permaneció bloqueado por la fuerza naval norteamericana desde este momento hasta el término de la invasión, sin embargo, el encuentro con los norteamericanos levantó el ánimo de las milicias sudcalifornias y la llegada de una remesa de armas de Sonora decidió a los patriotas a lanzarse sobre La Paz;<sup>8</sup> las fuerzas encabezadas por Moreno, Mejía y Pineda "emprendieron la marcha atravesando ciento cincuenta leguas, lo más en un desierto, para venir a buscar al enemigo que se halla[ba] atrincherado en los puertos de La Paz y San José del Cabo".<sup>9</sup>

Ochenta hombres encabezados por Pineda se dirigieron a La Paz, mientras el resto, a cuya cabeza estaban Mejía y Moreno, se encaminaron hacia San José. <sup>10</sup> En esta última población, los vecinos se sublevaron contra los invasores el 23 de octubre de 1847. La bandera norteamericana fue arriada, los estadouniden-

- <sup>3</sup> Mauricio Castro, jefe político de Baja California, al ministro de Relaciones Interiores y Gohernación. San Antonio, Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE (L-E-1093).
  - <sup>4</sup> Gerhard, op. cit., p. 419.
  - <sup>5</sup> Moyano, op. cit., p. 158.
- <sup>6</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.*
- <sup>7</sup> Moyano, op. cit., p. 159; dice Gerhard que "La Batalla de Mulegé" fue considerada como victoria por ambos contendientes, tal vez con mayor razón por parte de los mexicanos, ya que el objetivo norteamericano de cortar las comunicaciones al enemigo con tierra firme no se consiguió. Gerhard, op. cit., p. 420.
  - <sup>8</sup> Moyano, op. cit., p. 161.
- <sup>9</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.*
- 10 Idem. De acuerdo con Pablo L. Martínez, en su Historia de Baja California, 2a. ed., México, Editorial Baja California, 1956. 605 p., ils., eran 180 y no 80 hombres.



ses expulsados, al tiempo que se declaró el fin del dominio extranjero. Por esos días, el comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico, comodoro William B. Shubrick, llegó a San José del Cabo a bordo del *Independence*. acompañado por otros dos navíos: el Congress y el Cyane. Shubrick fue informado por un espía de la proximidad de las fuerzas mexicanas reunidas en La Paz y decidió enviar una expedición que debía suprimir cualquier movimiento insurgente. El grupo fue recibido por el padre Gabriel González. quien envió un mensajero a dar noticia al capitán Pineda de lo sucedido. Entretanto Burton, temeroso de un ataque de los mexicanos salió de La Paz en busca de Shubrick y le hizo saber que necesitaría de una fuerza de entre 500 v 1 000 hombres para someter a los peninsulares desafectos. 11 Los norteamericanos habían reaccionado con prontitud a las muestras de resistencia. Shubrick se apostó en San José, desde donde lanzó el 8 de noviembre una proclama que decía: "he sabido que ciertas personas contrarias al mantenimiento del poder de los Estados Unidos en Baja California se han ocupado de organizar la desafección y bajo pretexto de razones patriotas se han dedicado a organizar grupos que sirven para este propósito egoísta" v añadió amenazante:

He sido informado de los nombres de aquellos que así se ocupan de perturbar la paz, con el único propósito de sacar ventaja de una situación de desorden y mal gobierno para saquear a los ciudadanos pacíficos. Muy pronto el comandante en jefe podrá dedicar su atención a Baja California. Mientras tanto invita a los [ciudadanos] bien dispuestos a mantener su fidelidad [a los Estados Unidos] y advierte a aquéllos con mala disposición, que serán encontrados en cualquier lugar en que se oculten, y cuando sean hallados, serán tratados con severidad. 12

Shubrick dijo también que "la bandera de los Estados Unidos estaba destinada a ondear para siempre sobre las Californias. Ninguna contingencia puede preveerse por la que los Estados Unidos tengan jamás que rendirse o renunciar a la posesión de las Californias".<sup>13</sup>

Aunque Shubrick informó al secretario de Marina que la mayoría de los habitantes de San José del Cabo simpatizaba con el gobierno norteamericano, lo cual hacía inexplicable el contenido y el tono de la proclama antes citada, tuvo también que admitir la existencia de un sentimiento de hostilidad hacia los Estados Unidos y la presencia de grupos insurrectos encabezados por dos sacerdotes y un sargento, 14 "todos ellos bajo las órdenes del coronel

<sup>11</sup> Gerhard, op.cit., p. 421.

<sup>12</sup> Proclama de Bradford Shubrick, comandante en jefe de las fuerzas navales estadounidenses en el Pacífico. San José del Cabo, Baja California, noviembre 4. 1847. El documento aparece anexo al despacho de Nathan Clifford y H. Sevier, comisionados norteamericanos ante el gobierno mexicano a J. Buchanan. México, mayo 30, 1848, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>18</sup> Idem. Gerhard, op. cit., p. 421.

<sup>14</sup> Idem.



Pineda de Mazatlán, quien ha amenazado con venir a San José y matar a todos aquellos que sean partidarios de los Estados Unidos". 15

Ante la posibilidad de que esta amenaza se convirtiera en realidad, los ciudadanos norteamericanos residentes en San José huyeron hacia La Paz, y "los californianos amigos nuestros que no pudieron huir, quedaron profundamente consternados; algunos de ellos se entierran en la arena en las noches para ocultarse y las familias enteras duermen en la playa para estar cerca de la escuadra", lé escribió el comandante. Shubrick se retiró de San José el 9 de noviembre dejando armas, pertrechos, provisiones y un destacamento de 24 hombres comandado por Charles Heywood. 17

El 19 de noviembre hubo un intento de las fuerzas de Moreno, Mijares y Mejía para tomar la casacural de San José del Cabo, donde los norteamericanos y algunos mexicanos aliados a ellos se habían parapetado. De la acción que ahí tuvo lugar nos habla el informe de Mauricio Castro en los siguientes términos:

Los que se dirigieron a San José del Cabo, si no excedieron a los nuestros que pelearon en La Paz, por lo menos mostraron un valor como de fieras, llegando a treparse sobre sus casas atrincheradas, sufriendo nuestros valientes un fuego de cañón a quemarropa por muchas horas, en esta jornada tuvimos que llorar la pérdida del valiente español don Antonio Mijares y tres más patriotas, entre ellos un español. Sólo la falta de parque y [tiempo] para reponer[se] de sus fatigas pudo separar nuestras tropas [del] enemigo.<sup>18</sup>

Los mexicanos no lograron batir al adversario, y en la tentativa de arrebatarles la pieza de artillería que poseían, perdió la vida Antonio Mijares, el mismo que encabezaba la resistencia.

"Las tropas nacionales se concretaron de ahí en adelante a mantener el encierro del enemigo, pero pocos días después se retiraron hacia La Paz por haber llegado al puerto dos barcos". Se trataba de los balleneros norteamericanos *Magnolia y Edward*, que ocurrieron en auxilio de sus compatriotas. Tiempo más tarde el *Southtampton* y el *Portsmouth* llegaron al relevo. La escuadra norteamericana permaneció en San José del Cabo hasta el 1 de enero de 1848.

En el puerto de La Paz, entretanto, la guerrilla mexicana encabezada por el capitán Manuel Pineda lanzó un ataque la madrugada del 16 de noviembre de 1847 para apoderarse de la plaza sorprendiendo al enemigo. Éste, que

- 15 Idem.
- 16 Idem.
- 17 Gerhard, op. cit., p. 421; Martínez, op. cit., p. 376.
- <sup>18</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio. Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.* 
  - 19 Martínez, op. cit., p. 378.



había engrosado sus filas con mexicanos desleales, logró frustrar la acometida de los patriotas. Los mexicanos hicieron todavía dos nuevas intentonas a lo largo del día y otra más al amanecer del 17 de noviembre.

[Estas maniobras] han hecho conocer al enemigo la bravura de los mexicanos cuando se pelea por sus hogares y por su patria. Sin murallas, sin cañones, ni otros aproches de guerra, que sus pechos heroicos sostuvieron día y noche 80 patriotas al mando del comandante principal en el puerto de La Paz, un ataque bien concertado que el enemigo en número de 130 soldados americanos con otros más ingratos desnaturalizados mexicanos, tuvieron que correr a sus trincheras, en donde sólo sostenidos por cañones y granadas pudieron sostenerse contra nuestros intrépidos.<sup>20</sup>

Tal escribió Mauricio Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. Así, a pesar del valor desplegado, los defensores de la soberanía no lograron vencer a los norteamericanos.

Las noticias sobre el armisticio entre las fuerzas norteamericanas y mexicanas se recibieron en Washington el 14 de septiembre de 1847, veintitrés días después de que éste fuera concertado. El presidente James Polk temió que la decisión de suspender las hostilidades fuera un error o constituvera una artimaña más del adversario, que buscaba ganar tiempo para reorganizar su vencido ejército para la resistencia. Dos semanas más tarde, el 2 de octubre, el gobierno norteamericano recibió de su comisionado el panfleto: Contestaciones habidas entre el supremo gobierno mexicano, el general en jefe del ejército norteamericano y el comisionado de los Estados Unidos, por el cual supo del fin del armisticio, y de las condiciones en que éste se había dado. El presidente Polk reaccionó con indignación ante la actitud del enemigo que se negaba a aceptar las condiciones norteamericanas, a pesar de su derrota. "México ha rehusado negociar la paz bajo los términos que el gobierno de los Estados Unidos puede aceptar, y es claro que la guerra debe proseguir con un incremento de las fuerzas armadas con creciente energía", 21 dijo el jefe de Estado. Polk discutió la situación con su gabinete exhaustivamente y como resultado redactó instrucciones para el general Scott y para el comisionado Trist.

De acuerdo con la nota enviada a Scott, la guerrilla de México debía ser suprimida con firmeza, y la carga que representaba mantener al ejército norteamericano en este país debía ser pagada por los mexicanos; la capital

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup> M. Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio. Baja California, diciembre 18, 1847, en ASRE, *loc. cit.* 

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> George Lockhart Rives, The United States and Mexico. 1821-1848. A history of the relations between the two countries from the independence of Mexico to the war with the United States, 2 v., New York, Charles Scribners Sons, 1913, Kraus Reprint Co., 1969, P. 520.





tendría que ser tomada y retenida por las fuerzas estadounidenses y el camino a Veracruz habría de permanecer abierto. El área ocupada por Scott se extendería al llegar los refuerzos.<sup>22</sup>

Por su parte, las instrucciones a Trist expresaban el sentir de Washington: "todos los mexicanos deben saber que el gobierno de los Estados Unidos nunca renunciará ni al territorio entre las Nueces y el Río Grande, ni a Nuevo México o a ninguna porción de Alta California". <sup>23</sup> El secretario de Estado dijo también al comisionado que sus primeras instrucciones habían sido redactadas en "el marco de un espíritu de tolerancia y moderación" y que su gobierno había esperado que después de la caída de San Juan de Ulúa el gobierno mexicano estuviera deseoso de establecer la paz, pero por lo visto no era así. Ahora, las circunstancias habían cambiado; Nuevo México, las Californias, varios estados del norte de México y la mayoría de los puertos más importantes estaba en poder de los estadounidenses; una gran parte del tesoro norteamericano se había gastado en esta guerra y muchas vidas de ciudadanos se habían sacrificado. El Presidente estaba decidido a no hacer otra oferta más de paz a los mexicanos, éstos deberían implorarla; para entonces, los términos para establecerla estarían determinados por los acontecimientos futuros, por las acciones militares, la sangre norteamericana vertida en ellas y el tesoro gastado por su causa.<sup>24</sup>

Así las cosas, el presidente consideró que la presencia de Trist en México era inconveniente, pues podría dar a los mexicanos la impresión errónea de que los Estados Unidos estaban tan ansiosos de concertar la paz que estarían dispuestos a aceptar las condiciones y términos propuestos por sus comisionados.<sup>25</sup> En consecuencia, Trist fue llamado por su gobierno; se le indicó que si hubiera acordado un tratado de paz antes de tener en sus manos las presentes instrucciones, lo llevara consigo a Washington, pero si éstas llegaran en medio de las negociaciones con el gobierno mexicano, entonces debería interrumpir todo convenio y ofrecer su mediación para presentar la propuesta mexicana al presidente de los Estados Unidos. Hecho lo anterior, regresaría a su país sin tardanza.<sup>26</sup>

Las instrucciones del Departamento de Guerra destinadas a Scott y las del Departamento de Estado dirigidas a Trist, no llegaron a sus destinatarios hasta el 16 de noviembre de 1847.

La comunicación entre el comisionado norteamericano y su gobierno enfrentaba graves tropiezos y dilaciones: las instrucciones del Departamento de Estado se cruzaban en el camino con los despachos del enviado; largo

<sup>&</sup>lt;sup>22</sup> Ibid., p. 521.

<sup>28</sup> Buchanan a Trist. Washington, octubre 6, 1847, en NAW, Diplomatic..., v. 16, rollo 112.

<sup>24</sup> Idem

<sup>&</sup>lt;sup>25</sup> Rives, op. cit., p. 520.

<sup>&</sup>lt;sup>26</sup> Buchanan a Trist. Washington, octubre 6, 1847, loc. cit.



tiempo transcurría antes que las misivas llegaran a los interesados y las consecuencias de todo ello eran imprevisibles. En esta ocasión el resultado fue, por una parte, que el comisionado norteamericano tuviera que actuar de acuerdo con sus propias decisiones, en un momento tan delicado, y, por otra, que el gobierno de los Estados Unidos dictara disposiciones a Scott y Trist, ayuno de noticias frescas y fehacientes sobre las condiciones imperantes en México, en ese preciso momento. Así, Buchananescribió a Trist una comunicación el 25 de octubre de 1847, fecha en que el propio Trist dirigió un despacho a su gobierno. En aquélla, el secretario de Estado reclamó a su enviado la idea de establecer la frontera sobre el paralelo 33°, cediendo parte de Alta California, donde se encuentra el puerto de San Diego, considerado de tanta importancia para los Estados Unidos, como el de San Francisco. La línea divisoria —indicó Buchanan— debía fijarse al norte del paralelo 32° y al sur de San Miguel en el Pacífico, en caso de que México no cediera Baja California.<sup>27</sup>

Trist fue reprendido también por haber detenido el avance de las fuerzas norteamericanas a las puertas de la ciudad de México, dando con ello oportunidad a los mexicanos de rehacer su ejército. En consecuencia, el presidente reiteraba la orden de retiro a su emisario. <sup>28</sup> Esta decisión se basaba en el deseo del ejecutivo de mantener una posición de fuerza frente a los mexicanos. <sup>29</sup>

En México, entretanto, los diputados recibieron —de acuerdo con las observaciones de Trist— una gran cantidad de peticiones en favor de la paz, procedentes del público y de los partidos políticos. El gobierno se dispuso a convenir un acuerdo con el norteamericano.<sup>30</sup> Éste, "sin duda, operó por su cuenta y en contra de la opinión de Buchanan, aunque sin descuidar el espíritu y las verdaderas finalidades de sus instrucciones iniciales", <sup>31</sup> al establecer con los mexicanos los pasos conducentes a una paz definitiva.

Trist actuó con prontitud y firmeza pues estaba decidido a regresar a Washington con el tratado bajo el brazo. La frontera podría establecerse siguiendo el curso del río Bravo hasta el paralelo 32°, y por éste hasta el océano Pacífico, dando a los Estados Unidos libre acceso a sus posesiones por el Golfo de California. El emisario de Washington advirtió a los mexicanos que la actitud de su gobierno se endurecería en el futuro; era pues el momento de concretar el convenio 32

Cuando Trist emprendió esta fase de las negociaciones para establecer el

<sup>27</sup> Buchanan a Trist. Washington, octubre 25, 1847, loc. cit.

<sup>28</sup> Idem

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> Pletcher, op. cit., p. 529.

<sup>30</sup> Bosch, op. cit., p. 40.

<sup>31</sup> Ibid., p. 41.

<sup>32</sup> Ibid., p. 203.



tratado de paz, lo hizo teniendo en mano las instrucciones en que Buchanan lo criticaba duramente y donde se le ordenaba detener los acuerdos, si éstos aún no hubieran concluido un arreglo.<sup>33</sup> La decisión de Polk de romper las negociaciones en el momento en que los pacifistas habían ganado el control del gobierno mexicano sorprendió y apenó al comisionado. El propio Manuel de la Peña y el attaché británico en México, Thomton, consideraron que los belicistas fortalecerían su posición al conocer las órdenes de Polk a su comisionado.

El enviado estadounidense había podido apreciar la precaria situación de la administración mexicana, sometida a las presiones de santannistas, moderados, monarquistas y puros.<sup>34</sup> Advirtió también el deseo de un grupo de mexicanos de establecer un protectorado norteamericano en México y aun de realizar la anexión total.<sup>35</sup>

Las críticas a su labor y el fin de su misión eran sin duda producto de las noticias que habían llegado a Washington sobre la toma de la ciudad de México por el ejército norteamericano; éstas hicieron que el ejecutivo estadounidense, eufórico por la victoria, desbordara sus ansias expansionistas y pretendiera sacar partido del triunfo con un tratado más jugoso. Provenían asimismo del desconocimiento de Washington acerca de la realidad mexicana. Trist, en consecuencia, continuó los arreglos por considerar que la paz podía lograrse sobre la base del proyecto que le dio su gobierno y con plena conciencia de que —en ese momento— el cese o la continuación de la guerra dependían de su decisión. <sup>36</sup>

Para entonces, el general Pedro María Anaya ocupaba la presidencia de la República y los comisionados de México habían sido nombrados; se trataba

- 33 Buchanan a Trist. Washington, octubre 6, 1847, loc. cit.
- <sup>34</sup> Estos últimos eran señalados por Trist como los halcones de guerra deseosos de continuar el conflicto bélico. Almonte, por su parte, intrigaba con moderados, conservadores y militares para llegar a la Presidencia y continuar las hostilidades, en tanto Paredes, que había regresado del exilio, conspiraba para poner de nuevo en marcha sus proyectos monarquistas. Pletcher, *op. cit.*, p. 534.
  - 35 Idem.
- <sup>36</sup> Trist tomó la decisión de quedarse en México en los primeros días de diciembre. El comisionado expresó las razones de esta determinación en una nota a Thornton y en un despacho al secretario de Estado de su gobierno. Dijo al attaché británico que había propuesto a los comisionados mexicanos una frontera que los Estados Unidos no podrían rechazar: de la desembocadura del Río Grande al Paso y, por el paralelo 320, hasta el Pacífico. Si los mexicanos aceptaban esos términos, él firmaría el tratado violando sus instrucciones, porque sentía que el gobierno norteamericano deseaba la paz y porque temía que el colapso de las negociaciones prolongara la guerra indefinidamente. Asimismo, estaba seguro de que ningún gobierno mexicano cedería territorios al sur de la línea descrita. Manning, op. cit., v. VII, p. 984-985. En el despacho a Buchanan, el comisionado reiteró los argumentos expuestos a Thornton y destacó la incongruencia entre las declaraciones norteamericanas acerca de su deseo de establecer la paz y la ruptura de negociaciones. Declaró que muchos mexicanos estaban en favor de la anexión a los Estados Unidos, pero que esto sucedería pacíficamente, sólo a través de la proclama abierta de los Estados Unidos en este sentido. Asumía que el gobierno norteamericano no deseaba la anexión total de México, pues ésta destruiría la unión americana. Advirtió que la continuación de la guerra y los intentos por desmembrar a México conducirían a la anarquía y a la proliferación de acciones guerrilleras. Trist a Buchanan. México, diciembre 6, 1847, en ibid., p. 984-1015.



de Bernardo Couto y Miguel Atristáin, quienes desempeñarían tal función de nueva cuenta, y Manuel Rincón y Luis Gonzaga Cuevas que sustituirían a José Joaquín Herrera e Ignacio Villamil. Con ellos concluyó Trist el tratado el 2 de febrero de 1848, el cual fue remitido a los Estados Unidos de inmediato.

Le envío aquí el Tratado de Paz, Amistad, Límites y Asentamientos firmado hace una hora en la Villa de Guadalupe, un sitio que los creyentes de este país consideran como el más sagrado de la tierra, pues fue el escenario de la milagrosa aparición de la Virgen para declarar que México sería tomado bajo su protección especial...

escribió Trist, con frases que parecen encerrar un sarcasmo muy doloroso para los mexicanos, y continuó:

Durante las negociaciones que han sido tremendamente laboriosas y que me han mantenido sumamente ocupado durante las pasadas semanas día y noche, tantas horas como me fue posible emplear en el trabajo. He escrito muchas notas que servirán de explicación del tratado en todas sus estipulaciones, asimismo he escrito un despacho sobre el asunto.<sup>37</sup>

El artículo 50. del tratado estableció el lindero entre México y los Estados Unidos en los siguientes términos: la línea divisoria comenzaría en la desembocadura del río Bravo, seguiría su curso hasta su intersección con el lindero meridional de Nuevo México y, a partir de este punto, correría por la propia línea hacia el poniente. Continuaría por el límite occidental de la misma provincia hasta encontrar el primer brazo del Gila, punto desde el cual avanzaría en línea recta hasta alcanzar el río Colorado. Seguiría por el límite sur de Alta California, hasta el Pacífico. La carta geográfica que serviría de base para demarcar los linderos sería el Mapa de los Estados Unidos de México, según lo organizado y definido por varias actas del Congreso de dicha república y construído por las mejores autoridades: en la edición que publicó J. Disturnell en Nueva York en 1847.

El límite entre Alta y Baja California se estableció en una línea recta trazada desde la confluencia entre el Gila y el Colorado hasta un punto ubicado en el litoral en el Pacífico, una legua marina al sur del puerto de San Diego.

Las dos naciones nombrarían sendas comisiones, integradas por un comisario y un agrimensor, que establecerían "la línea divisoria con la precisión debida". Ambas comisiones se reunirían antes del término de un año, a partir de las ratificaciones del tratado. El resultado de sus trabajos formaría parte del tratado mismo, en donde se asentó claramente que la línea divisoria que se estableciera por este artículo sería "religiosamente respeta-

<sup>37</sup> Trist a Buchanan. México, febrero 2, 1848, en NAW, Despatches..., v. 14, rollo 15.





da por cada una de las dos repúblicas, y ninguna variación se hará jamás de ella, sino de expreso y libre consentimiento de ambas naciones, otorgado legalmente por el gobierno general de cada una de ellas, con arreglo a su propia Constitución."38

La frontera fijada de acuerdo con los párrafos antes citados, se ajustó en líneas generales a los términos planteados por el proyecto presentado por Trist, a excepción de los linderos del extremo noroccidental de México. El comisionado hubo de resignarse a no establecer el límite de dicha región en el paralelo 32; de haber insistido en ello, habría enfrentado problemas insuperables con el gobierno mexicano. Éste, presionado por diversas facciones políticas, así como por los estados de Sonora y Chihuahua, que se opusieron resueltamente a la cesión de un sólo ápice de su territorio, defendió denodadamente su propuesta de frontera.

En consecuencia, los límites establecidos por el tratado del 2 de febrero de 1848 no afectaron la integridad territorial de Sonora y Chihuahua —aunque sí lo hicieron con Tamaulipas—, y dejaron a la península de Baja California bajo la soberanía mexicana y ligada al resto del territorio de la República por una estrecha faja de tierra. México tampoco cedió el derecho de tránsito por Tehuantepec a los norteamericanos. Sin embargo, el rescate de tales territorios de las ambiciones estadounidenses tuvo su precio y Trist supo cobrarlo; la suma que el gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto a pagar por los territorios adquiridos de México, \$20 000 000, disminuyó a \$15 000 000. Así y todo, los mexicanos se dispusieron a la ratificación del tratado con moderada celeridad.

El 16 de marzo de 1848, la administración norteamericana nombró a Ambrose Sevier y a Nathan Clifford enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios ante el gobierno mexicano con la misión explícita de consumar el tratado de paz firmado en la Villa de Guadalupe el mes anterior. El citadodocumento había sido previamente ratificado con algunas enmiendas por el Congreso de los Estados Unidos. Se informó a los comisionados que su propósito no consistiría en negociar un nuevo tratado o cambiar el existente; ninguna de las enmiendas realizadas por el Senado podría ser rechazada o modificada a menos que ese cuerpo diera su autorización. Su cometido consistiría en usar todos los esfuerzos "honorables" para obtener del gobierno mexicano la ratificación del acuerdo en la forma en que éste había sido aprobado por la Cámara Alta del Congreso de los Estados Unidos; la tarea debía cumplirse a la brevedad posible, evitando discusiones innecesarias.<sup>39</sup>

Clifford llegó al puerto de Veracruz al principiar el mes de abril de 1848;

<sup>38</sup> Bosch, op. cit., p. 927-928; Moyano, México y ..., p. 299-300.

<sup>&</sup>lt;sup>39</sup> Buchanan a Ambrose H. Sevier. Washington, marzo 18, 1848, en NAW, *Diplomatic...*, v. 16, rollo 112; Buchanan a Nicholas P. Trist. Washington, marzo 19, 1848, en *loc. cit.* 



ahí, según "las opiniones de las personas más inteligentes que [había] conocido", se sintió autorizado a pensar que el gobierno mexicano estaba plenamente dispuesto a ratificar el tratado sin tardanza. 40 Por cierto, también en Veracruz fue informado por el coronel Elison, gobernador militar de la ciudad, que el general Santa Anna se encontraba en esos momentos en una población cercana al puerto bajo la escolta de las tropas norteamericanas, en espera de embarcarse hacia la isla de Jamaica. 41

Pocos días después de haber enviado su primer despacho, hallándose ya en la ciudad de México, Clifford advirtió que las reformas del Senado al tratado habían sido publicadas en los principales diarios de la capital sin provocar la menor oposición entre los diferentes sectores de la sociedad mexicana. Más tarde, al encontrarse los dos comisionados de Washington con Luis de la Rosa, secretario mexicano de Estado y Despacho de Relaciones Interiores y Exteriores, pudieron confirmar la versión de que el gobierno mexicano estaba dispuesto a aceptar el tratado con todo y las enmiendas. A

En efecto, los informes que obtuvieron los enviados de Polk así como sus propias observaciones fueron corroborados cuando el Senado mexicano aprobó el tratado por 33 votos a favor y 5 en contra, el 25 de mayo de 1848 en la ciudad de Querétaro. El intercambio de ratificaciones se efectuó cuatro días después.<sup>44</sup>

A pesar de lo informado por Clifford a su gobierno sobre la favorable respuesta que provocó el tratado entre los mexicanos, el documento suscitó reacciones contradictorias. Hubo quienes, siendo partidarios del fin de la guerra, apoyaron y defendieron los términos en que se pactó la paz entre México y los Estados Unidos. Entre ellos se encontraban, lógicamente, los comisionados del gobierno mexicano para la negociación del acuerdo. Éstos afirmaron que el tratado que puso término a la guerra había salvado a México de su posible fin como nación; argumentaron que si la guerra hubiese continuado México habría sido anexado con toda seguridad a los Estados Unidos y, en consecuencia, el tratado no había impedido tan sólo pérdidas mayores, sino que había recuperado gran parte del territorio que los invasores habían sometido. 45

El propio Manuel de la Peña y Peña, quien fue comisionado de paz, subrayó la preocupación que sintió la comisión por abandonar a la población

<sup>&</sup>lt;sup>40</sup> Nathan Clifford a Buchanan. Veracruz, abril 2, 1848, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>41</sup> Idem

<sup>42</sup> Clifford a Buchanan. México, abril 12, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>&</sup>lt;sup>43</sup> Bosch, op. cit., p. 46; las enmiendas al tratado pueden verse en Moyano, México y los Estados Unidos..., p. 317-319.

<sup>44</sup> Bosch, op. cit., p. 47.

<sup>&</sup>lt;sup>45</sup> Richard Griswold del Castillo, "Mexican views of 1848: The Treaty of Guadalupe Hidalgo through Mexican history", trabajo presentado en el Séptimo Congreso de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxaca, octubre 1985 (mecanoescrito).



mexicana de los territorios que pasaron a manos norteamericanas, pero afirmó también que, si hubiera sido posible, él habría aumentado el territorio cedido a los norteamericanos con la condición de que liberaran a los mexicanos residentes en aquellas tierras. <sup>46</sup> Los opositores al fin de la guerra y del tratado alzaron también sus voces; la de Manuel Crescencio Rejón estaba entre ellas. Rejón afirmó, en sus ataques al convenio, que México habría podido vencer a los Estados Unidos con una prolongada guerra de guerrillas. <sup>47</sup> Consideró que el tratado acarrearía la subordinación económica de México a los Estados Unidos y que la nueva frontera acercaría más el comercio norteamericano al corazón del país, provocando con ello su americanización. Advirtió que la República nunca podría competir con el mercado estadounidense y que el acuerdo era la sentencia de muerte de la nación. <sup>48</sup> Otros liberales como Melchor Ocampo y Benito Juárez compartían estas ideas. <sup>49</sup>

Los años que van de 1847 a 1853 presenciaron un gran fermento intelectual en México, cuando los partidos políticos intentaron penetrar en las causas de la vergonzosa derrota de 1847.<sup>50</sup>

Mientras el gobierno de la República firmaba la paz con los Estados Unidos en Querétaro, y en la capital conservadores y liberales disputaban en torno a ella, en la península de Baja California la guerra continuaba. El gobierno federal no se ocupó de ayudar efectivamente a los patriotas de Baja California hasta diciembre de 1847, y las acciones de defensa que los peninsulares realizaron no tuvieron más respuesta de la administración pública que las cartas que el comandante general del estado de Sonora transmitió al "Ilustre Ayuntamiento del pueblo de Mulegé", de parte del ministro de Guerra y Marina y del general en jefe de la División de Occidente. En la misiva del primero podía leerse: "Dispone igualmente su excelencia [el presidente de la República] que vuestra señoría dé las gracias a todas las personas que contribuyeron a rechazar al enemigo y que les haga presente que el Gobierno Supremo tomará en consideración sus distinguidos servicios

<sup>46</sup> Ibid., p. 3-5.

<sup>47</sup> Ibid., p. 5-6.

<sup>&</sup>lt;sup>48</sup> [s.a.], *Manuel Crescencio Rejón. Pensamiento político*, prólogo, selección y notas de Daniel Moreno, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968. 210 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 88) p. 119-120.

<sup>49</sup> Idem.

<sup>&</sup>lt;sup>50</sup> Charles Hale, "The war with the United States and the crises in Mexican thought", en *The Americas*, v. 14, núm. 2, octubre 1957. P. 153-174. En este interesante artículo, Hale sostiene que la guerra con los Estados Unidos y sus funestas consecuencias propiciaron un periodo de autocrítica, examen y debate entre los partidos políticos mexicanos entre 1847-1853. En esos años, los liberales reforzaron sus convicciones republicanas, en tanto los conservadores, decepcionados del balance de 30 años de gobiernos republicanos, buscaron medidas extremas para resolver los males de México. "El impacto de la derrota en 1847, hizo creer a los conservadores que la monarquía era absolutamente necesaria." Hale, *op. cit.*, p. 172. Cabe señalar que estas posturas, tanto de uno como de otro grupo político, no eran nuevas y que la guerra mexicano-norteamericana sólo vino a reafirmarlas.



para recompensarlos debidamente."<sup>51</sup> A pesar de las promesas, la recompensa nunca llegó, así como tampoco se envió el auxilio militar suficiente que los habitantes de Baja California solicitaron. Mauricio Castro, jefe político de Baja California, escribió al ministro de Relaciones:

Estos pueblos, excelentísimo señor, han emprendido una lucha superior a sus fuerzas, porque pelean contra un enemigo que se defiende por medio de sus cañones y con cuanto el arte de guerra ha producido en los modernos tiempos. Nosotros en verdad que peleamos por nuestra independencia, pero ¿qué recursos no nos faltan para garantizar nuestros esfuerzos? Esta excelentísima junta territorial[...] ha acordado algunos subsidios a nuestros defensores, pero está muy lejos de creer que el país peninsular por sí sólo pueda sostener, después de un riguroso bloqueo que hemos sufrido ha dos años, [y] un número de defensores de más de 400 hombres que pelean por nuestra independencia. 52

Castro le anunció la decisión de enviar dos comisionados a Guaymas para pedir al comandante general de Sonora "cuantos auxilios pueda facilitarnos; ya de armamento, pertrechos de boca y guerra y algunos soldados veteranos con sus jefes que regularicen la guerra emprendida."<sup>53</sup>

Castro pensaba, hacia la segunda semana de diciembre de 1847, que la guerra en la península se prolongaría aún por mucho tiempo, pues se combatía no sólo contra las guarniciones del enemigo, sino también contra los barcos norteamericanos que permanecían en los puertos protegiéndolas; si el Supremo Gobierno no dictaba órdenes a las comandancias generales de Sonora y Sinaloa para que otorgaran la asistencia solicitada, la lucha contra los norteamericanos no podría mantenerse por mucho tiempo.<sup>54</sup>

El alto mando militar, no obstante las demandas de socorro de los vecinos de Baja California, dejó a discreción de la Comandancia General del Estado de Sonora el envío de ayuda a la península; "y respecto de los auxilios que vuestra señoría puede y desea prestar a los muleginos, vuelvo a decirle que se arregle a las instrucciones que de antemano le tengo comunicadas, pues otros auxilios deben proporcionarse en tanto que sean conciliables con los elementos que vuestra señoría necesita para la seguridad de ese Estado", 55 escribió el jefe de la División de Occidente al comandante general de Sonora, con lo cual se ponían en evidencia varios aspectos de la situación: primero, la penosa escasez de recursos de los estados para enfrentar la guerra con los

<sup>51</sup> Campuzano al Ayuntamiento de Mulegé. Guaymas, Sonora, enero 7, 1848, en ASRE (FIL)-6-(I).

<sup>&</sup>lt;sup>52</sup> Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 11, 1847, en ASRE, LE (1093).

<sup>53</sup> Idem.

<sup>54</sup> Idem.

<sup>&</sup>lt;sup>55</sup> General en jefe de la División de Occidente a Campuzano. Noviembre 17, 1847, en ASRE, LE (1093).



norteamericanos; segundo, la falta de coordinación entre los mandos de las fuerzas armadas de la República; tercero, el total desamparo en que se encontraban algunas entidades del país —en este caso específico se hallaba Baja California—; cuarto, la imposibilidad de las fuerzas republicanas para acudir en ayuda de las entidades inermes; quinto, el singular sentido de federalismo que prevalecía en los estados del país, en el cual cada uno de ellos velaba por su propia seguridad, resistiéndose a colaborar en forma unitaria a la defensa de la República; y sexto, la incapacidad del gobierno central para dar respuesta a las demandas de defensa de la soberanía que le presentaban los miembros de la federación. En consecuencia, los defensores de Baja California tuvieron que contentarse con la exigua ayuda que recibieron de Sonora para continuar enfrentando la invasión norteamericana.

El retiro de la escuadra de los Estados Unidos de las costas de San José del Cabo al comenzar el año de 1848, puso a los patriotas en movimiento una vez más. Sus acciones estaban destinadas en ese momento a impedir que los adversarios se aprovisionaran en el área; "hicieron requisa de ganado y caballos, destruyeron las cosechas que pudieran servir al enemigo y le cortaron todas las comunicaciones". <sup>56</sup> Apresaron a cinco estadounidenses que traían provisiones para sus compatriotas desde La Paz. Heywood, quien había quedado en San José con 46 hombres de las fuerzas invasoras y otros tantos mexicanos, empezó a sentir el rigor del sitio.

Los sudcalifornianos, reforzados por un grupo de yaquis enviados desde Sonora, lograron controlar la mayor parte de San José, reduciendo a los norteamericanos a unas cuantas construcciones en las que se resguardaban del enemigo y, para aumentar la presión, les cortaron el suministro de agua.

El arribo del *Cyane*, el 14 de febrero de 1848, enfrentó de nueva cuenta a las fuerzas norteamericanas con los mexicanos. La acción se libró en la loma de San Vicente, cuando la guerrilla mexicana trató de impedir el avance de los hombres que desembarcaron para auxiliar a Heywood y su gente. La artillería de los invasores sembró el terror entre los guerrilleros, quienes tuvieron que retirarse hacia Todos Santos y San Antonio, en donde permanecieron a la defensiva.<sup>57</sup>

Al llegar a La Paz, 150 hombres del Batallón de Voluntarios de Nueva York, el coronel Henry Burton estuvo en condición de emprender la persecución de los defensores de la península. Burton y sus fuerzas capturaron al capitán Manuel Pineda, a Mauricio Castro y a otros jefes de la insurgencia, así como a una gran parte de la resistencia mexicana, incluidos los yaquis, con quienes "algunos oficiales norteamericanos se portaron con excesiva crueldad". 58

<sup>&</sup>lt;sup>56</sup> Martínez, op. cit., p. 378-379.

<sup>&</sup>lt;sup>57</sup> *Ibid.*, p. 380.

<sup>58</sup> Ibid., p. 381.



Las fuerzas norteamericanas permanecieron en la península hasta el primero de septiembre de 1848, pero desde mayo del mismo año habían conseguido someter a los rebeldes del territorio a quienes tenían en prisión o mantenían en libertad bajo palabra, en Mazatlán.<sup>59</sup>

El 30 de mayo de 1847 Shubrick había informado al secretario de Marina de los Estados Unidos que todo estaba en calma en ambas Californias y que la gente estaba decididamente en favor del gobierno norteamericano. <sup>60</sup> Esta afirmación era una verdad a medias, pues aun cuando hubo sudcalifornianos que se sometieron rápidamente y sin resistencia a las fuerzas norteamericanas, proclamaron su adhesión a los Estados Unidos o al menos permanecieron neutrales, hubo también quienes defendieron la península y se opusieron a la ocupación con las armas en la mano, tratando de mantener la integridad nacional y la permanencia de Baja California en la federación mexicana.

En el momento en que la guerra terminó, los primeros pidieron a los comandantes navales estadounidenses que los sacaran de la península y los llevaran a la Alta California —parte va de los Estados Unidos— en donde establecerían su residencia. El comandante naval H. W. Halleck hizo una ardiente defensa de estos mexicanos. Señaló que cuando aquel territorio fue tomado por las fuerzas de los Estados Unidos, se prometió a la población protección de su gobierno y, en noviembre de 1847, el comandante en jefe de la escuadra del Pacífico les aseguró que ese territorio sería retenido por el gobierno norteamericano, el propio presidente Polk había asegurado, en su mensaje anual de diciembre de 1847, que Baja California nunca sería entregada a México. Halleck afirmó que las personas más respetables del territorio, actuando bajo estas seguridades, no sólo rehusaron formar parte de las fuerzas mexicanas que fueron enviadas para intentar recobrar esa parte del país de manos de los norteamericanos, sino que muchos de ellos tomaron las armas en defensa de los Estados Unidos y prestaron un invaluable servicio peleando contra la guerrilla que había sido levantada y armada por México. con el propósito de expulsarlos.

Algunos de ellos perdieron —añadió— sus vidas, sus propiedades y todos ellos se expusieron a los castigos más severos del gobierno mexicano, pues consideraron que esas promesas habían sido hechas de buena voluntad y actuaron por las seguridades que les dieron los agentes del gobierno norte-americano. Estos mexicanos encontraban ahora que, por el tratado del 2 de febrero, la Baja California había sido entregada a México y que el pueblo de la península quedaba así expuesto a la pérdida de sus vidas, y a la confiscación de sus bienes por haber luchado al lado de los estadounidenses.<sup>61</sup>

<sup>59</sup> Bradford Shubrick, comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico, al secretario de Marina de los Estados Unidos. Golfo de California, noviembre 9, 1847, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>&</sup>lt;sup>61</sup> H. W. Halleck a Bradford Shubrick, comandante de la escuadra norteamericana en el Pacífico. Mazatlán, mayo 6, 1848, en NAW, *loc. cit.*, v. 13, rollo 14.



Halleck transmitió asimismo a Shubrick la petición de estos vecinos de Baja California de que se les proporcionaran los medios de transporte para dejar su tierra y dirigirse a Alta California, Oregon o alguna otra parte de los Estados Unidos. "Considerando la peculiar y desesperada condición en que se encuentran ahora situados, ellos no pueden menos que creer que nuestro gobierno se dispone a proporcionar, por lo menos, esa ayuda y protección," añadió Halleck.

El norteamericano no era la única autoridad naval estadounidense preocupada por aquellos mexicanos que, habiendo proclamado sus simpatías hacia la idea de que Baja California pasara a ser jurisdicción norteamericana, quedaban ahora bajo el dominio de México, amenazados con una posible represalia por su deslealtad. El comodoro Thomas A. P. Jones dirigió a los comisionados Clifford y Sevier una nota en que expresó sus esperanzas de que los comisionados pudieran "rescatar a nuestro país [los Estados Unidos] de la falsa posición en que el tratado —tal y como ahora está— lo sitúa respecto a aquella porción de las Californias que comprende a todos los [hombres] inteligentes y ricos que se pusieron al lado de los Estados Unidos, permaneciendo neutrales o con nuestros soldados."63 Jones pidió asimismo a Clifford y Sevier instrucciones para emplear los barcos estadounidenses en el transporte de los ciudadanos desafectos de Baia California hacia la Alta California. 64 Pero los enviados no estaban en posición de acceder a la petición de Jones, "No somos menos sensibles que usted al peligro de que pueda perpetrarse una injusticia por las autoridades mexicanas con los habitantes de Baja California que estuvieron de nuestro lado con las armas durante la guerra; pero no tenemos ningún poder para darle instrucciones sobre tal asunto y dudamos en aconsejar a un experimentado comandante naval acerca de un punto en el cual no tenemos jurisdicción."65 Nathaniel Clifford y Ambrose Sevier coincidieron con Jones sobre la obligación moral de los Estados Unidos de proteger a los mexicanos que apoyaron la ocupación; por ello transmitieron a Washington los puntos de vista del comodoro, pero advirtieron a Jones que no estaba en sus manos anticipar la respuesta, ni asegurar que ésta llegaría, y le recomendaron formular mientras tanto sus propias conclusiones, tal como se lo dictara su deber "y de acuerdo a sus instrucciones y a los términos del tratado."66

La correspondencia entre el comodoro y los delegados no quedó suspendida en este punto. Jones tenía preocupaciones más graves que "el compromiso moral [incumplido] de los Estados Unidos hacia los vecinos de Baja California".

<sup>62</sup> Idem

<sup>63</sup> Comodoro Thomas A. P. Jones a Nathaniel Clifford y Ambrose Sevier. Mazatlán, mayo 9, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>64</sup> Idem.

<sup>&</sup>lt;sup>65</sup> Sevier y Clifford a Jones. Ouerétaro, Ouerétaro, mayo 30, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>66</sup> Idam



En realidad, más que los sudcalifornios, al norteamericano le inquietaba la California peninsular.

No estaría de más asegurar a los comisionados que ya desde el punto de vista comercial o militar, Baja California posee un valor intrínseco para los Estados Unidos, si no superior, ciertamente no inferior al de Alta California y tal vez Oregon combinados... Sus puertos numerosos y de gran capacidad sobre el Océano y el Golfo, su apacible clima, su saliente punta en el Cabo San Lucas en la latitud 22° 44' norte y longitud 109° 54' al oeste de Greenwich, da a sus dueños el dominio total del comercio en la costa oeste de México al sur de Acapulco, y si debemos comprar la paz, la Baja California sería una ganga aun [si tuviéramos que pagar] diez o quince millones de dólares.<sup>67</sup>

Las notas de Halleck y Jones antes citadas nos propocionan elementos para esclarecer dos aspectos. El primero, referente a la identidad de los bajacalifornianos que apoyaron la invasión norteamericana a la península. De acuerdo a la expresión del propio Halleck, se trataba de "las personas más respetables" que se expusieron a "la confiscación de sus bienes," 68 o, según las palabras de Jones, incluía a los lugareños "inteligentes y ricos." Ambas frases nos dejan inferir que fueron los acaudalados, los propietarios —pues recordemos que según la ética protestante, código de los valores supremos de los norteamericanos anglosajones, la respetabilidad de un individuo corresponde al éxito económico logrado—, quienes comulgaron con el proyecto estadounidense de convertir a la Baja California en dominio de la Unión Americana.

El segundo aspecto tiene que ver con el interés estratégico comercial y naval que la península tenía para los norteamericanos y que rebasaba, evidentemente, el compromiso moral al que aludieron los dos jefes marítimos estadounidenses preocupados por la suerte de los mexicanos desleales.

La península representaba, para los Estados Unidos, un territorio de gran valor por su ubicación geográfica clave, que revestía un enorme interés para aquéllos que poseían negocios comerciales, pues significaba una plataforma para el mercado hispanoamericano y asiático. Quienes estaban preocupados por el poderío naval de los Estados Unidos, veían en este territorio un lugar estratégico para las operaciones marítimas en la cuenca del Pacífico. Ambos sectores armonizaban entre sí, ya que el interés comercial requería desde luego del apoyo que el sector militar, en este caso naval, pudiera prestarle. Amén de esta afinidad entre los proyectos comerciales y navales norteamericanos, se suman a éstos los intereses de aquellos peninsulares acaudalados que

<sup>67</sup> Idem.

<sup>68</sup> Vid. supra, p. 39-40.

<sup>69</sup> Vid. supra, p. 40.



vieron en la ocupación norteamericana de Baja California la oportunidad de integrarse a una nación cuyas instituciones políticas, económicas, militares, y de política exterior, les aseguraban el resguardo de sus negocios.

Es posible asimismo deducir de los documentos<sup>70</sup> que los clérigos y los vecinos de la península con escasas propiedades, incluidos dos españoles que encabezaron la resistencia, fueron quienes se opusieron con mayor firmeza a la ocupación extranjera de sus tierras. Para los primeros, el enfrentamiento con la Iglesia Protestante representaba el preludio de una disputa por la hegemonía; el clero católico corría el peligro de perder su poder y sus bienes temporales. Para los segundos, la invasión constituía la pérdida de su exiguo patrimonio: la tierra.

Entre junio y julio de 1848, las fuerzas navales norteamericanas entregaron a las autoridades mexicanas los puertos de Mazatlán y Guaymas que habían estado bajo su control durante la guerra. Sin embargo, el coronel Burton, quien estuvo a la cabeza de las fuerzas de ocupación de Baja California, se resistía a desocupar la península aduciendo que no se sentía autorizado a evacuar la plaza hasta tener en sus manos la orden correspondiente de su superior, el coronel R. B. Mason, gobernador civil y militar de las Californias, así como las órdenes expresas del presidente, pues las autoridades navales no pueden ejercer autoridad sobre otras esferas.

El comandante Jones dijo abiertamente: "no he tenido el poder, aun cuando tuviera la disposición, que no tengo, de intervenir para acelerar el traslado de los desafortunados habitantes de Baja California amenazados por la venganza de sacerdotes despiadados y militares déspotas," expresando en este comentario la inconsistencia de su preocupación por los compromisos morales norteamericanos incumplidos, que poco antes le alarmaran.

Jones anotó también que el sacerdote Gabriel González, así como el capitán Pineda —a los que líneas antes se había referido como "sacerdotes despiadados y militares déspotas"—, habían sido enviados desde Mazatlán para recibir el territorio de Baja California de manos de Burton quien esperaba con impaciencia, pues se encontraba en Monterey por esos días. Según Jones, el padre González y el capitán Pineda tramaban la venganza que habían de ejercer contra todos aquellos que de alguna manera ayudaron o favorecieron la causa norteamericana.<sup>74</sup>

Un día después de escribir este comunicado, Jones informó a Clifford y Sevier de la conferencia que sostuvo con Shubrick —su antecesor en el mando

<sup>&</sup>lt;sup>70</sup> Castro al ministro de Relaciones Interiores y Gobernación. San Antonio, Baja California, diciembre 11, 1847, en ASRE (LE-1093).

<sup>&</sup>lt;sup>71</sup> Jones a Clifford, La Paz, Baja California, julio 13, 1848, en NAW, Despatches..., v. 13, rollo 14.

<sup>72</sup> Idem.

<sup>73</sup> Idem.

<sup>74</sup> Idem.



de las fuerzas navales— y con el coronel Burton. En ella, establecieron que Baja California no sería entregada al gobierno mexicano hasta que Burton recibiera órdenes de las autoridades norteamericanas competentes; mientras tanto, acordaron proteger y proporcionar transporte hacia Alta California a quienes se hubieran adherido a los norteamericanos durante la ocupación de la península y dar una "compensación razonable" a aquellos sudcalifornianos que estuvieran en caso de extrema necesidad a causa de la pérdida o destrucción de sus propiedades, perpetrada por oficiales mexicanos en venganza por los servicios prestados a los Estados Unidos. La compensación provendría de una contribución extraordinaria cobrada en Mazatlán, Guaymas y la propia Baja California.<sup>75</sup> El carácter pragmático norteamericano quedaba de manifiesto en esta acción que servía para tranquilizar su conciencia y cuyo costo corría a cargo de los bolsillos mexicanos.

Las autoridades navales norteamericanas, sin embargo, se negaron a apoyar a los peninsulares desleales constituidos en asamblea de representantes de Baja California, que planeaba separar la entidad de México y anexarla a los Estados Unidos, al tener conocimiento de que el tratado de Guadalupe Hidalgo estipuló el dominio mexicano sobre la región.<sup>76</sup>

El coronel Henry Burton entregó finalmente la península al gobierno mexicano, representado por Mauricio Castro, el 31 de agosto de 1848. El 1 de septiembre, la escuadra norteamericana abandonó las costas de Baja California poniendo fin a la ocupación de aquel territorio, al vencer el plazo establecido por el artículo IV del convenio de paz entre México y los Estados Unidos.<sup>77</sup>

Es necesario detenernos en este punto para hacer algunas consideraciones que nos permitan explicar por qué permaneció la Baja California bajo jurisdicción mexicana a pesar de que en ciertos momentos los norteamericanos tuvieron claras intenciones de incorporarla a su territorio.

Para ello resulta importante hacer una revisión sucinta de la ocupación de las Californias por las fuerzas estadounidenses, considerando que Alta y Baja California eran una sola entidad desde 1836 y así estaban constituidas en el momento de la invasión. Ésta se inició el 7 de julio de 1846, al ocupar el ejército norteamericano el puerto de Monterey.

Al parecer las autoridades navales de los Estados Unidos se precipitaron a declarar consumada la conquista de las Californias, debido probablemente

<sup>&</sup>lt;sup>75</sup> Jones a Clifford. La Paz, Baja California, julio 14, 1848, en NAW, loc. cit., v. 13, rollo 14.

<sup>&</sup>lt;sup>76</sup> Moyano, *México...*, p. 170.

<sup>77</sup> Véase el artículo IV del tratado en *ibid.*, p. 298. El primero de septiembre de 1848, el coronel Burton ordenó a los norteamericanos arriar la bandera. Las compañías de ocupación A y B fueron llevadas a bordo del *Ohio* junto con cerca de 300 sudcalifornianos colaboracionistas. La Paz fue entregada a las autoridades locales. La compañía D desocupó San José del Cabo el 6 de septiembre de 1848, siendo la última fuerza norteamericana que dejó suelo mexicano después del fin de la guerra con México. Gerhard, *op. cit.*, p. 424.



a la conducta sumisa de las autoridades de Alta California, interpretada por los invasores como el deseo de los californios de pertenecer a los Estados Unidos.

No obstante la actitud triunfalista de los norteamericanos, los habitantes de Alta California organizaron la resistencia hacia el mes de septiembre. Los patriotas fueron aplastados pocos meses después y en enero del 47 el secretario de Guerra norteamericano ordenó la ocupación de lugares clave de Baja California, ante el temor de que el gobierno mexicano intentara recuperar Alta California partiendo de la península. Durante los meses de marzo y abril, la escuadra norteamericana sometió San José del Cabo, Cabo San Lucas y La Paz. Las autoridades locales mostraron una actitud colaboracionista al declarar la neutralidad, pero los vecinos de Mulegé y Comondú se organizaron para oponerse a los invasores.

Hasta abril de 1847 la presencia amenazante de los barcos norteamericanos en las costas peninsulares pareció suficiente para someter a la región, pero las noticias de la reorganización de un gobierno mexicano en San José del Cabo movieron a las autoridades estadounidenses a ordenar la ocupación permanente de puntos clave de Baja California. A partir de ese momento se produjeron enfrentamientos entre los sudcalifornios patriotas y las fuerzas invasoras a las que se aunaron peninsulares colaboracionistas. La lucha se prolongó hasta marzo de 1848, en que los norteamericanos lograron someter en forma definitiva a sus adversarios. Para entonces, el tratado de paz entre México y los Estados Unidos ya se había firmado, y en él se estableció la jurisdicción mexicana sobre Baja California.

Las fuerzas estadounidenses, no obstante conocer los términos del tratado, permanecieron en la península hasta el último día que pudieron hacerlo. Las fuerzas de ocupación evacuaron San José del Cabo siete meses después de la firma de los convenios de paz, siendo las últimas en salir de territorio mexicano. Muchos de los jefes navales de los Estados Unidos expresaron su descontento por lo que para ellos resultaba inexplicable: el acuerdo de devolver a México la Baja California, a la que ya consideraban territorio propio.

De esta manera las pretensiones norteamericanas sobre Baja California se vieron frustradas a consecuencia de los acuerdos de Guadalupe Hidalgo. La península permaneció bajo dominio mexicano, así como el territorio que la comunica con el resto de la República. De igual manera se malograron las miras estadounidenses de extenderse sobre el noroestemexicano, especialmente sobre Sonora, Sinaloa y Chihuahua.

Si buscamos esclarecer las razones por las que los Estados Unidos no se adueñaron finalmente de la península, debemos recordar que —desde las primeras instrucciones a su comisionado— quedó en claro que la anexión de



Nuevo México y Alta California a la Unión Americana era condición sine qua non para firmar la paz con México, lo cual significa que estos territorios eran considerados prioritarios para los Estados Unidos; su anexión fue, en última instancia, la causa por la que los ejércitos norteamericanos emprendieron la marcha hacia México. No así el territorio de la Baja California y la concesión del derecho de tránsito por el istmo de Tehuantepec, que, aunque importantes, eran negociables. Es posible pensar que los norteamericanos prefirieran diferir la cuestión de Tehuantepec al saber que la concesión había pasado a manos de la compañía inglesa de Manning, Mackintosh y Schneider, involucrando a los británicos en el asunto y haciéndolo mucho más complejo y delicado.<sup>78</sup>

A partir de aquellas primeras instrucciones fue explícito que tanto Baja California como el derecho de tránsito por Tehuantepec, no obstante ser sumamente deseables, no eran considerados en ese momento como requisitos indispensables para concertar el fin de las hostilidades con México, <sup>79</sup> lo cual nos indica que, en el marco de las prioridades estadounidenses, éstas ocupaban un segundo plano.

Es importante advertir también que, a pesar de la existencia de sectores norteamericanos profundamente interesados en la incorporación de más territorio mexicano a los Estados Unidos —incluidos los que pugnaban por apoderarse de todo México—, no fueron ellos los que determinaron la línea fronteriza que se estableció en el tratado del 2 de febrero. Las discusiones sobre la anexión de territorios en el congreso estadounidense que, durante los primeros meses de la guerra no habían provocado un claro corte seccional o una alineación definida, <sup>80</sup> cambiaron de rumbo hacia el otoño del 47. Para entonces, la fuerza inusitada del movimiento que exigía la incorporación de todo México y la división de la opinión pública movieron al jefe del ejecutivo a adoptar una actitud cautelosa y, dentro del marco de posiciones anexionistas del gabinete, moderada. <sup>81</sup>

<sup>&</sup>lt;sup>78</sup> Cahe señalar que en el año de 1847 la casa británica Manning & Mackintosh compró la concesión para construir una vía por Tehuantepec a José de Garay, quien la había recibido del gobierno mexicano en 1842. El cónsul inglés en México, Ewen C. Mackintosh, miembro prominente de la empresa y cabeza del proyecto, deseaba vender el privilegio a los norteamericanos. El propio comisionado Trist redactó los artículos que aprobaban la transferencia y que podrían insertarse en el tratado de paz. Sin embargo, la llegada del nuevo plenipotenciario de Inglaterra. Perry W. Doyle, modificó la situación. Doyle insistió en que Mackintosh diera a su gobierno la oportunidad de hacerse cargo del proyecto y apoyó la posición de los comisionados mexicanos que se negaron a incluir la concesión sobre Tehuantepec en el tratado. Pletcher, op. cit., p. 546.

<sup>79</sup> Véase nota 7.

<sup>80</sup> Es posible encontrar posturas expansionistas durante buena parte de 1847, tanto en el Valle de Ohio-Mississippi, como en Illinois; en Nueva Orléans y Texas, al igual que en Pennsylvania; en Nueva York y aun en Nueva Inglaterra. Pletcher, op. cit., p. 523.

<sup>81</sup> Robert J. Walker, secretario del Tesoro, y Nathan Clifford, procurador general, se pronunciaron abiertamente por la anexión del territorio mexicano situado al norte del puerto de Tampico. Polk, quien había señalado su deseo de establecer la frontera sobre el paralelo 26°, hubo de moderar sus apetitos ante el conflicto político que habría desatado un actitud anexionista desenfrenada. *Ibid.*, p. 527.



46

Las contradicciones regionales entre el norte y el sur estadounidenses, agudizadas a medida que avanzaba el siglo xix, determinaron posiciones antagónicas con respecto a la anexión de otros territorios que no fueran los inicialmente pensados: Nuevo México y Alta California. Vale la pena señalar que la disputa en torno a la expansión se reflejó abiertamente en las sesiones del congreso y que la enmienda Wilmot no fue sino una modesta prueba de las posiciones encontradas acerca de los territorios que los Estados Unidos habrían de anexarse. En todo caso, la discusión en la Cámara de Representantes puso de manifiesto la peligrosa división entre los miembros de la federación norteamericana.<sup>82</sup>

Por otra parte, cabe mencionar que en el curso de las diligencias para el establecimiento de la paz entre México y los Estados Unidos, los comisionados mexicanos mostraron una habilidad negociadora, a pesar de la situación extremadamente difícil en que se encontraba el país, cuya capital estaba ocupada por el ejército norteamericano. Los mexicanos lograron explotar el deseo de paz que ya se advertía en algunos sectores estadounidenses, y que el propio enviado norteamericano captó y expresó en su gestión.

No podemos afirmar que la resistencia presentada por los patriotas sudcalifornianos haya sido un factor determinante para que la península no pasara a dominio estadounidense, aunque no debemos tampoco dejar de considerarla para entender el desarrollo de la historia de la región en aquel periodo. Tampoco debemos eludir el estudio de aquellos sectores que apoyaron decididamente la ocupación norteamericana de su patria chica y se pronunciaron en forma abierta en favor de la incorporación a los Estados

82 Como prueba de esta disputa véanse las actas del 29 del congreso, la. sesión (diciembre 7, 1846marzo 3, 1847): discursos en favor y en contra de la guerra contra México. Muchas observaciones en contra de la guerra. Cámara de Representantes, diciembre 16, 1846. Congressional Globe, p. 45-52; Observaciones sobre el mensaje anual de Polk y sobre la guerra. Discusión sobre las causas y la enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, diciembre 24, 1846, p. 82-87, comentarios diversos sobre la guerra y la posible disolución de la Unión. Cámara de Representantes, enero 7, 1847, p. 136-139; largas series de resoluciones para terminar la guerra y en contra de adquisiciones territoriales como resultado de la guerra, discusión sobre el proyecto de ley para el pago del ejército y propuesta para incrementar el tamaño del ejército. Cámara de Representantes, enero 25, 1847, p. 252-255; debate sobre los orígenes de la guerra y la enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, febrero 9, 1847, p. 360-366; debate sobre la esclavitud y las adquisiciones territoriales. Cámara de Representantes, febrero 11, 1847, p. 383-391; discusión sobre el curso de la guerra, el territorio que sería adquirido, y la enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, febrero 13, 1847, p. 418-420; acuerdo acerca de que los Estados Unidos no tienen intenciones de desmembrar México y discusión..., Senado, febrero 17, 1846, p. 428-431; enmienda Wilmot. Cámara de Representantes, febrero 17, 1847, p. 441-445. Véanse también en las actas del 30 congreso, la. sesión (diciembre 6, 1847-agosto 14, 1848), los documentos siguientes: acuerdo sobre el territorio adquirido. Senado, diciembre 14, 1847, p. 21; acuerdo en contra de la anexión de México. Senado, diciembre 15, 1847, p. 26; resolución sobre la adquisición de territorio. Cámara de Representantes, diciembre 15, 1847, p. 38; resolución sobre la conquista de México y la anexión de nuevo territorio. Senado, diciembre 20, 1847, p. 53-56. Daniel Tilden, miembro del partido Whig y representante de Ohio ante el congreso, afirmó en su alocución del 4 de febrero de 1847 (29 congreso, 2a sesión) su condena a la guerra, la cual consideró como injusta e innecesaria, impuesta hacia una nación por la acción no



Unidos, si el propósito es comprender el desarrollo histórico de aquella provincia.

Asimismo, es pertinente subrayar que los intereses estratégicos, comerciales y navales que movían la codicia norteamericana sobre Baja California, se satisficieron, en buena medida, con la adquisición de la Alta California con sus magníficos puertos en San Francisco y San Diego, desde donde era posible establecer una plataforma para el comercio con Asia y los enclaves marítimos necesarios para la flota que realizara ese comercio. De tal suerte que las principales expectativas norteamericanas se cumplieron ampliamente con la anexión de la Alta California. Por otra parte, los norteamericanos también debieron hacer concesiones en aras de la paz, y para ello tuvieron que renunciara sus pretensiones de obtener laconcesión detránsito por Tehuantepec y la jurisdiccion de la península sudcaliforniana.

autorizada e ilegítima del presidente. Prometió oponerse a la adquisición de más territorios esclavos y argumentó que el congreso tenía el derecho de limitar la esclavitud a su área presente. Por su parte, William Wick, legislador demócrata representante de Indiana, afirmó en su "Discurso sobre la guerra mexicana", pronunciado el 2 de febrero de 1847, que el provisor Wilmot era un ave de mal agüero que estimulaba un debate innecesario sobre el asunto de la esclavitud. Norman E. Tutorow (comp. ed.), The Mexican-American War. An annotated bibliography. Westport Connecticut, Greenwood Press, 1981. 428 p. Vid. cap. III, p. 48-97.

